

# CRISTIANDAD

Año XIII - Núm. 429

BARCELONA

NOVIEMBRE 1966

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



## SUMARIO

### EDITORIAL

**DISCURSO DEL PAPA EN LA CLAUURA DEL CONGRESO SOBRE LA TEOLOGIA DEL VATICANO II**

**NO DEBEN TRATARSE NUEVAMENTE LOS ERRORES QUE UNA VEZ FUERON CONDENADOS.- Carta del Cardenal Ottaviani a las Conferencias Episcopales**

### EL BALUARTE

Cardenal Ottaviani

**EN LA ETAPA POSTCONCILIAR Diálogo, sí; - pero ¡cuidado!**

Roberto Cayuela, E. I.

**EL REJUVENECIMIENTO DOCTRINAL DE LA IGLESIA**

Cardenal Siri

**HISTORIA DEL PUEBLO JUDIO DESDE SU DISPERSION - XX**

**Israel nuevo Estado; su tremendo problema interno religioso**

Luis Creus Vidal

**CUESTIONES DE LA GUERRA, DE LA PAZ Y DE LA REVOLUCION**

M. P.

**REDACCIÓN: Louria, 15, 3.º - Telf. 2212775**

### ADMINISTRACIÓN:

**Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46**

**Director: Fernando Serrano Misas**

## ORTODOXIA

Una lamentable indiscreción llevó a la luz pública un documento eclesiástico que debía permanecer secreto: la ya famosa carta del Cardenal Ottaviani a las Conferencias Episcopales. En ella se las invitaba a un estudio sobre la propagación de errores que pudieran afectar al Dogma y a la Fe, dándoles, a modo de ejemplo, una lista de diez de ellos.

La publicación fragmentaria de la carta en un periódico francés, obligó a la Santa Sede a darla íntegra en A. A. S. para disipar una falsa interpretación que pudiera desprenderse de un parcial conocimiento de su contenido.

Nos ha parecido que un documento de tanta importancia merecía ser estudiado e ilustrado a la luz del Magisterio de la Iglesia. El espíritu y la letra de la carta del Cardenal Ottaviani son una advertencia ante la repetición de errores que en los últimos tiempos se han observado. Su condenación, por tanto, debe buscarse, a la luz de la carta del Papa Gelasio, en el Magisterio perenne sin recurrir a nuevos estudios. Es lo que sugerimos al referir cada uno de los diez puntos a textos que ya son conocidos de todos.

\* \* \*

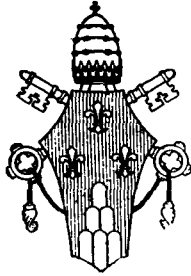
La lamentable dialéctica que enfrenta, desde hace muchos años, a los católicos, asocia inevitablemente el concepto de "ortodoxia", como actitud exagerada, a la persona del Cardenal Ottaviani. Su cargo de "celador" de la Fe en la Curia Romana ha chocado con las aspiraciones de aquellos que pretenden hacer de la doctrina de la Iglesia un "cuerpo" sujeto a las variaciones de una verdad relativa. El replanteamiento de estas tensiones como un error enfrentado a la verdad debe llevarnos a colocar la actitud y la persona del Cardenal en la línea de la fidelidad al depósito inmutable de la Fe.

El rejuvenecimiento de la Iglesia de que habla el Cardenal Siri, otro "acusado" de "ortodoxia", superando todas las rupturas, se coloca en la línea del más puro *aggiornamento* sin dejar por ello de permanecer fiel a una actitud que resulta gráficamente expresada por la palabra "baluarte". Rejuvenecimiento y ortodoxia que Paulo VI ha hermanado en su discurso de clausura al Congreso de Teología recientemente celebrado en Roma.

La confianza que en el Cardenal Ottaviani han depositado los últimos papas es el premio a una constante dedicación de todo su valer al servicio de la Iglesia. No debe olvidarse que además del cargo que ostenta en la Curia Romana fue nombrado por Juan XXIII y confirmado por Paulo VI en la presidencia de la Comisión Doctrinal sobre la fe y costumbres del Concilio Vaticano II.

CRISTIANDAD quiere testimoniar, a través de estas páginas dedicadas a la ortodoxia en la fe, la más viva admiración por su labor al servicio de la Iglesia.

J. M. G.



## DISCURSO DEL PAPA EN LA CLAUSURA DEL CONGRESO SOBRE LA TEOLOGIA DEL CONCILIO VATICANO II

Venerables hermanos, hijos en Cristo e ilustres y venerados maestros: Recibimos muy gustosamente vuestra visita como clausura del Congreso Internacional de Teología del Concilio Vaticano II; y, como al comienzo de vuestras reuniones, ahora os manifestamos nuestra inmensa complacencia, nuestra viva esperanza por el encuentro que acabáis de celebrar, en ambiente de fraternal amistad, estudio profundo y renovados propósitos. Debemos dar las gracias a las universidades pontificias y a los ateneos eclesiásticos de Roma, que han promovido una reunión tan nueva e importante, con perfecta

concordia y con el deseo común de anudar las relaciones de conocimiento y colaboración con los Institutos Superiores eclesiásticos, dedicados a los estudios teológicos, y con los estudiosos, profesores, maestros, escritores e investigadores de las doctrinas sagradas: debemos dar gracias a todos los que con vuestra palabra y vuestra presencia habéis contribuido al feliz éxito de este singular Congreso. Salud, gracias, votos para todos vosotros, dignos representantes de la escuela y del pensamiento católico.

### ESTRECHAS RELACIONES ENTRE EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA Y LA TEOLOGÍA

Ya os indicábamos, en la carta que dirigimos al venerable señor cardenal, José Pizzardo, cuán oportuna es vuestra solicitud en la reflexión, en la penetración, en el comentario, en la divulgación de los documentos conciliares, y cuáles son los criterios que vosotros no desconocéis, según los cuales ha de desarrollarse rectamente vuestra actividad científica. Nos parece propicia esta ocasión para detenernos brevemente en la consideración de la relación que esta visita parece evidenciar, de forma sensible, entre nuestro oficio y el vuestro, entre nuestro mandato de custodios e intérpretes de la Revelación Divina y vuestra tarea de estudiosos y expositores de la doctrina de la fe; es decir, entre el Magisterio eclesiástico, del que estamos encargados por disposición divina, aunque indignamente y el estudio y la enseñanza de la sagrada teología, que es vuestra misión.

Esta comparación entre Magisterio y Teología, nos parece que es muy importante y, como se dice, de gran actualidad.

Ante todo, porque se está difundiendo en algunos ambientes la tendencia a negar o, mejor, a desvirtuar la relación de la Teología con el Magisterio de la Iglesia.

Pues, si consideramos la mentalidad y el espíritu de los hombres cultos de nuestro tiempo, advertimos que tienen de común esta nota característica, una exagerada confianza en sí mismos, que los lleva a rechazar toda autoridad y a establecer que todo hombre puede proceder por su cuenta en cualquier campo del saber y regular su vida, según el grado de sus conocimientos. Desgraciadamente, esta libertad o, mejor, licenciosidad, a veces está más o menos extendida en el campo del conocimiento de la fe y de la ciencia teológica. De aquí se deriva la repulsa de toda regla externa o superior al individuo, como si todo el ámbito de la verdad estuviera circunscrito dentro de los límites de la razón humana o como si la misma verdad se originara de la razón; o como si no se pudiera establecer nada definido ni absoluto que no admita ulteriores progresos y cambios en sentido contrario: o, in-

cluso, que el valor de un sistema debiera medirse por su correspondencia con las disposiciones subjetivas del hombre. De forma que incluso el Magisterio de Autoridad es rechazado, o a lo más, se le reconoce validez sólo para prevenir los errores. No es difícil advertir que estas opiniones son, no solamente contrarias a la reverencia debida al Magisterio de la Iglesia, sino que incluso transtruecan la naturaleza de la Teología.

Sin embargo, hay que atribuir gran importancia a una realidad, el Magisterio y la Teología tienen una raíz común: la Revelación, recibida y conservada en la Santa Iglesia por obra del Espíritu Santo. Sabéis muy bien que la Iglesia, habiendo recibido de su Divino Fundador el mandato de enunciar el Evangelio a todas las gentes para poder cumplir convenientemente esta misión fue constituida maestra fidelísima de verdad y posee el carisma de la verdad indefectible. Siempre consciente de este carisma, la Iglesia nunca ha cesado de proclamarse columna y fundamento de la verdad (cfr. I, Tim. 3, 15).

Pues bien, por voluntad de Cristo, la norma próxima y universal de esta verdad indefectible podrá encontrarse únicamente en el Magisterio auténtico de la Iglesia, que tiene la tarea de custodiar fielmente y explicar infaliblemente el depósito de la fe (cfr. Con. Vat. 1, Sess. III, cap. 4). Porque Cristo prometió a los apóstoles el don del Espíritu Santo, en virtud del cual se convertirían en testimonios del Evangelio hasta los últimos confines de la tierra (cfr. Hechos, 1, 8); también confirió a los apóstoles el poder de enseñar con autoridad: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y enseñad a todas las gentes..., mostrándoles la manera de observar cuanto os he mandado" (Mat. 28, 18-19), y, finalmente, prometió a los apóstoles el Espíritu de verdad (cfr. Jo. 14, 16-17), y su asistencia que nunca les faltaría (cfr. Mat. 28, 20), por la que quedarían preservados de todo error.

## MISIÓN ESPECÍFICA DEL MAGISTERIO Y DE LA TEOLOGÍA

Además, Magisterio y Teología — cosa de suma importancia, que consolida la estrecha parentela que existe entre ellos — están al servicio del mismo fin: conservar, penetrar cada vez más profundamente, exponer, enseñar, defender el sagrado depósito de la Revelación; es decir, iluminar la vida de la Iglesia y de la humanidad por medio de la Verdad Divina, conducir a todos los hombres a la salvación eterna. Gran tarea la nuestra, la del Colegio Episcopal y la vuestra, hijos y maestros carísimos.

Pero, Magisterio y Teología tienen funciones y medios diversos.

Porque la Teología mediante la inteligencia, iluminada por la fe, y no sin una cierta luz del Espíritu Santo, a la que el teólogo debe ser dócil y atento (cfr. *Encíclica Humani Generis*) tiene la misión de conocer y penetrar de la manera más completa el contenido de la Revelación; dar a conocer a la comunidad cristiana y, particularmente, al Magisterio mismo,

los frutos de sus investigaciones, para que a través de la enseñanza de la autoridad, ilustren a todo el pueblo cristiano; y luego colaborar en difundir, ilustrar, justificar y defender la verdad autorizadamente enseñada por el Magisterio.

El Magisterio, en cambio, por la autoridad recibida de Cristo y por el don del Espíritu Santo, propio suyo que lo hace maestro del pueblo de Dios (cfr. Cont. Dogm. Lumen Gentium, 21-25), tiene la misión, en primer lugar, de enseñar y testimoniar la doctrina recibida de los apóstoles para que sea la doctrina de toda la Iglesia y de toda la humanidad; conservarla libre de errores y deformaciones; juzgar con autoridad a la luz de la revelación sobre las nuevas doctrinas y soluciones propuestas por la teología para resolver nuevos problemas; proponer con autoridad las nuevas investigaciones y las nuevas aplicaciones de la doctrina revelada que Él, con la luz del Espíritu Santo de que dispone encuentra conformes con la doctrina de Cristo.

## LA TEOLOGÍA, MEDIADORA ENTRE LA COMUNIDAD CRISTIANA Y EL MAGISTERIO

Por tanto, la Teología tiene una doble relación con el Magisterio de la Iglesia y con toda la comunidad cristiana.

Es, en cierta medida, mediadora, entre la fe de la Iglesia y el Magisterio. Atenta a recoger la fe vital de la comunidad cristiana, sus verdades, sus acentos, sus problemas, las orientaciones que el Espíritu Santo suscita en el pueblo de Dios (...“lo que el Espíritu inspire a las Iglesias”, Apoc. 2, 7), ella debe hacer valer, con el método y los criterios propios de un buen método teológico, esta fe vital y sus propósitos para confrontarlos con la palabra de Dios y con toda la tradición fiel de la Iglesia, para proponer soluciones a los problemas que suscita en relación con la experiencia, la historia y la reflexión humana, y ayudar de esta forma al Magisterio a ser siempre luz y guía de la Iglesia, estando a la altura de su misión, no, naturalmente, dejando a un lado la palabra de Dios, sino estando a su servicio.

Por tanto, el Magisterio se beneficia enormemente con una ferviente actividad teológica y la cordial colaboración de los teólogos, ya descubran mediante la investigación atenta de la

Revelación escrita y oral, cada vez mayores profundidades, matices, ideas dominantes y síntesis, ya traten de recoger y resolver, mediante una vigilante interpretación de toda la cultura y la experiencia humana contemporánea, sus problemas a la luz de la historia de la salvación. El Magisterio, sin ayuda de la Teología, podría, sin duda, conservar y enseñar la fe, pero difícilmente conseguiría esa plenitud y profundidad de conocimiento, que necesita para llevar a cabo plenamente su misión, por estar persuadido de que no está dotado del carisma de la inspiración o de la revelación, sino solamente de la asistencia del Espíritu Santo.

Pues la doctrina de la Iglesia adquiere forma orgánica y sistemática en la enseñanza teológica, para poder responder a las exigencias de todos los fieles: la Teología presta a la doctrina del Magisterio las explicaciones que hacen “racional” la doctrina de la fe; la teología forma la inteligencia y el espíritu de los factores, desde los más elevados en dignidad a los más humildes, preparándoles de esta suerte para ser verdaderamente maestros de la fe y de la moral cristiana.

## ESPÍRITU DE SERVICIO DE LOS TEÓLOGOS

Sin la Teología le faltarían al Magisterio instrumentos esenciales para componer esa sinfonía que debe resonar en toda la comunidad para que piense viva según Cristo.

La doble relación de la Teología con el Magisterio y la comunidad cristiana sugiere una reflexión sobre el espíritu con que los teólogos, a quienes se les ha confiado especialmente el estudio teológico, deben dedicarse a su misión en la Iglesia, para que sea benéfica y rica en frutos duraderos.

La primera reflexión se refiere al espíritu de servicio. Los teólogos sienten y deben sentir la alegría de estar al servicio de la comunidad y al servicio del Magisterio.

Su tarea está inserta en la gran tarea de la Iglesia, salvar a las almas; por esto, su grandeza no está solamente en proponer ideas y doctrinas nuevas, sino también en una constante preocupación por decir “palabras de vida eterna”, de forma que penetren en las almas y las conduzcan o las confirmen en la fe en Cristo Jesús, único Salvador. Por tanto, estudiarán con atención los problemas y cuestiones que más de cerca afectan a la salvación de las almas, y compartirán con el Ma-

gisterio la preocupación de hacer conocer a los fieles, no solamente verdades propias, sino la verdad de Cristo, como es universalmente creída en la Iglesia, bajo la guía de su Magisterio.

También están al servicio de la verdad, sobre todo, cuando desempeñan oficialmente una función de enseñanza en la Iglesia, ellos también son, en cierto modo, maestros de verdad. Por ello, serán sumamente escrupulosos en la fidelidad a las verdades de la fe y a la doctrina de la Iglesia; evitarán consiguientemente consentir en la tentación de la fácil aceptación y de la popularidad, con menoscabo de la seguridad de la doctrina enseñada por el Magisterio, que en la Iglesia representa a la persona de Cristo Maestro. Mas aún, su mayor honor será interpretar fiel e inteligentemente la doctrina del Magisterio, sabiendo que nada ayuda tanto al pueblo cristiano y a todo el género humano como el conocimiento cierto de las verdades de la salvación y que aquellos de quienes Cristo dijo: “Quien os escucha, a Mí me escucha”, son los depositarios de estas verdades.

## ESPÍRITU DE COMUNIÓN

La segunda se refiere al espíritu de comunión; comunión con todo el pueblo cristiano; comunión con la Sagrada jerarquía, y también comunión fraterna entre vosotros mismos. El espíritu de comunión pertenece a la misma esencia de la

vocación cristiana, como enseña el apóstol San Juan (cfr. 1, Jo, 1, 2-3). Pero, de forma particular, pertenece a la esencia de un buen método teológico. El Espíritu Santo conserva en la comunidad la verdad divina, y por ello, mejor la encon-

traréis cuanto más profunda sea vuestra comunión con toda la humanidad del pueblo fiel, emulando en humildad de corazón a los "pequeños", a los que el Padre revela más fácilmente los misterios de su ser y de sus designios. El Espíritu Santo ilustra y conserva la verdad divina en la Iglesia, sobre todo, mediante la obra del Sagrado Magisterio; y, por ello, la encontraréis con mayor facilidad cuanto más cordial sea vuestra comunión con él; investigar alejados de él, por caminos personales arbitrarios, os expondrá fácilmente al peligro de quedar solos, maestros sin fieles, y de trabajar en vano y producir frutos de vida para la comunidad, o también de apartaros del camino recto, eligiendo vuestro juicio y no el pensamiento de la Iglesia como criterio de verdad, sería una elección arbitraria, "airesis", el camino hacia la

herejía. Pero queremos ahora subrayar de forma especial el deber de la comunión entre vosotros mismos. Procediendo de lugares de tradiciones espirituales y culturales diversas, teniendo que responder a exigencias y dificultades diversas, es normal que exista entre vosotros diversidad de intereses, de formación y de métodos de investigación, diversidades de juicio. En materias tan difíciles y alejadas de la común experiencia, como son los problemas teológicos, una discreta diversidad de juicios es compatible con la unidad de la fe y con la fidelidad a la enseñanza y directrices del Magisterio; no es, por tanto, de extrañar, más aún, ha de ser considerada como beneficiosa por estimular una investigación más profunda y acertada de caminos para llegar a la verdad plena, por medio de abiertas y concienzudas discusiones.

### METODOLOGÍA DEL TRABAJO TEOLÓGICO

Sin embargo, estas discusiones tendrán éxito solamente si van acompañadas y constantemente dirigidas por el espíritu de comunión que alimenta la mutua estima y el mutuo respeto, que hace ver en el colega a un hermano comprometido con conocimiento en la misma investigación de la verdad, que hace consiguientemente tratar de comprender sus razones antes de juzgar: en una palabra, el espíritu de caridad que nos hace obrar con respeto a los demás, como quisiéramos que actuaran con nosotros, que sobre todo, hace desear el gozo en común de la plena verdad de Cristo.

Cuanto mayor sea vuestra caridad en la búsqueda de la verdad, a mayor nivel estaréis en su conocimiento y en el servicio útil a la Iglesia.

Estas reflexiones nos indican que el trabajo teológico tiene una metodología algo diversa de la de las ciencias profanas, sin que por ello sea menos científica y menos racional en realidad.

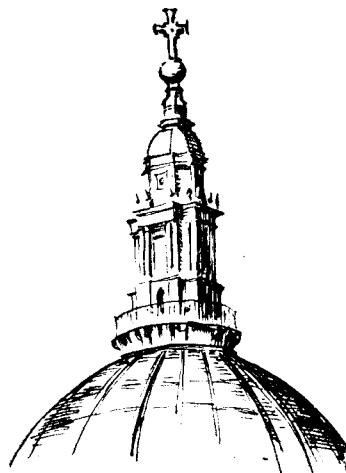
La razón es que el instrumento de que se sirve no es la pura inteligencia racional, sino la inteligencia creyente, la razón iluminada y sostenida por la fe. El pensamiento teológico participa y tiene analogía con el pensamiento divino, que en su sencillísima verdad comprende todas las verdades que el teólogo, apoyándose en la Revelación, va descubriendo progresiva y afanosamente. Por ello, la inteligencia teológica se adapta más a su misión y marcha con más seguridad si está plenamente de acuerdo con el pensamiento divino; este conocimiento viene dado por la fe. "La fe es más necesaria al

teólogo que el ingenio", ha escrito un gran teólogo (A. Stolz, *Introductio in Scram Theologiam*); fe en Dios, que revela, fe en la Iglesia, que conserva intacta la Revelación con la asistencia del Espíritu Santo, fe en el Magisterio de la Iglesia, que la explica y la interpreta con autoridad, como representante y casi como instrumento de Cristo Maestro.

Que el Espíritu de verdad y de caridad, que ilumina y santifica a toda la Iglesia en sus diversos grados para que todos lleven a cabo su misión, ilumine y santifique vuestra obra en beneficio de toda la comunidad cristiana y de vuestras almas.

Pero, antes de concluir nuestro discurso, queremos dirigiros una plegaria, mis queridos hijos en Cristo. Sed una ayuda para Nos y para todos nuestros hermanos en el Episcopado en el sostenimiento y defensa de la verdad católica y en su público testimonio. Asistidnos en esta misión con espíritu fraterno. Tenemos una gran confianza en vuestra obra, porque estamos persuadidos de que vuestra colaboración hará menos gravosa y más fructífera la misión que Nos y todo el Colegio Episcopal tiene confiada, custodiar fielmente el depósito de la doctrina católica, predicar la fe y propagar cada vez más el nombre de Cristo.

Vosotros, que nos habéis proporcionado la gran alegría y la gran esperanza de este Congreso, dignaos confirmarnos, antes de partir, vuestra fidelidad filial y recibir para vuestra alabanza y consuelo nuestra paternal bendición apostólica.



# NO DEBEN TRATARSE NUEVAMENTE LOS ERRORES QUE UNA VEZ FUERON CONDENADOS

D. 161 ... Se nos ha efectivamente anunciado que en las regiones de Dalmacia han sembrado algunos la cizaña, siempre renaciente, de la peste pelagiana y que tiene allí tanta fuerza su blasfemia, que engañan a los más sencillos con la insinuación de su mortífera locura... (Pero) por la gracia del Señor ahí está la pura verdad de la fe católica, formada de las sentencias concordes de todos los Padres ... ¿Acaso nos es a nosotros lícito desatar lo que fue condenado por los venerables Padres y volver a tratar los criminales dogmas por ellos arrancados? ¿Qué sentido tiene, pues, que tomemos toda precaución porque ninguna perniciosa herejía, una vez que rechazada, pretenda venir nuevamente a examen, si lo que de antiguo fue por nuestros mayores conocido, refutado, nosotros nos empeñamos en restablecerlo? ¿No es así como nosotros mismos —lo que Dios no quiera y lo que jamás sufrirá la Iglesia— proponemos a todos los enemigos de la verdad el ejemplo para que se levanten contra nosotros? ¿Dónde está lo que está escrito: **No traspases los términos de tus padres** (Prov., 22, 28) y: **pregunta a tus padres y te lo anunciarán, a tus ancianos y te lo contarán** (Deut., 32, 7)? ¿Por qué, pues, vamos más allá de lo definido por los mayores o por qué no nos bastan? Si, por ignorarlo, deseamos saber sobre algún punto, cómo fue mandada cada cosa por los padres ortodoxos y por los antiguos, ora para evitarla, ora para adaptarla a la verdad católica; ¿por qué no se aprueba haberse decretado para estos fines? ¿Acaso somos más sabios que ellos o podremos mantenernos en sólida estabilidad, si echamos por tierra lo que por ellos fue constituido?...

(De la Carta de San Gelasio I, **Licet inter varias**, a Honorio, obispo de Dalmacia del 28 de julio de 493)

## PREAMBULO DE LA CARTA DEL CARDENAL OTTAVIANI A LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES

*A los venerables presidentes de las Conferencias Episcopales:*

*El Concilio Ecuménico Vaticano II que ha acabado felizmente, ha promulgado documentos sapientísimos tanto en materia doctrinal como en materia disciplinar, para promover eficazmente la vida de la Iglesia. A todo el pueblo de Dios incumbe el grave deber de aprestarse*

*con todo su esfuerzo a llevar a cabo todo lo que, bajo la influencia del Espíritu Santo, ha sido solemnemente propuesto o declarado por esta vastísima asamblea de Obispos, bajo la presidencia del soberano Pontífice.*

*A la jerarquía pertenece el derecho y el deber de velar, de dirigir y de promover el movimiento de renovación empezado por el Concilio, de tal manera que*

los documentos y decretos de este Concilio reciban una interpretación correcta y sean puestos en práctica, según su valor propio y según su espíritu observado con el mayor cuidado. Esta doctrina, en efecto, debe ser protegida por los obispos que, bajo Pedro, como Jefe, tienen el encargo de enseñar con autoridad. Es loable la forma en que muchos Pastores han empezado ya a explicar adecuadamente la doctrina del Concilio.

Sin embargo, debe lamentarse que de diversos sectores hayan llegado noticias alarmantes sobre abusos crecientes en la interpretación de la doctrina del Concilio así como de opiniones extraídas y audaces apareciendo aquí y allí y que turban grandemente el espíritu

de un gran número de fieles. Hay que alabar los estudios y los esfuerzos encaminados a un mejor conocimiento de la verdad, distinguiendo lealmente entre lo que es de fe y lo que es opinable; pero de los documentos examinados por esta Sagrada Congregación, resulta que se trata de juicios, que sobrepasando fácilmente los límites de la simple opinión o de la hipótesis, parecen afectar de alguna manera el mismo dogma y los fundamentos de la fe.

Es útil señalar algunas de estas opiniones y de estos errores, como ejemplo, tal como son conocidos según los informes de hombres sabios y de escritos públicos.

## Texto de los errores señalados y puntos del Magisterio de la Iglesia

1) *Se trata en primer lugar de la Sagrada Revelación: en efecto, hay quienes recurren a la Sagrada Escritura, dejando deliberadamente al margen la Tradición; reducen la extensión y la fuerza de la inspiración y de la inerrancia bíblicas y no tienen una noción justa del valor de los textos históricos.*

D. - 1787. (De las fuentes de la Revelación.) Ahora bien, esta Revelación sobrenatural, según la fe de la Iglesia universal, declarada por el santo Concilio de Trento, "se contiene en los libros escritos y en las tradiciones no escritas que, recibidas por los Apóstoles de boca de Cristo mismo, o por los mismos Apóstoles bajo la inspiración del Espíritu Santo transmitidas como de mano en mano, han llegado hasta nosotros".

(Conc. Trid., v. 783).

D. - 2315. Volviendo a las nuevas teorías que hemos tocado antes muchas cosas proponen o insinúan algunos en detrimento de la divina autoridad de la Sagrada Escritura. Efectivamente, empiezan por tergiversar audazmente el sentido de la definición del Concilio Vaticano sobre Dios autor de la Sagrada Escritura y renuevan la sentencia ya muchas veces reprobada, según la cual, la inmunidad de error en las Sagradas Letras sólo se extiende a aquellas cosas que se enseñan sobre Dios y materias de moral y religión.

Es más, erróneamente hablan de un sentido humano de los Sagrados Libros, bajo el cual se ocultaría su sentido divino que es el único que declaran infalible. En las interpretaciones de la Sagrada Escritura no quieren que se tenga cuenta alguna de la analogía de la fe, ni de la "tradición" de la Iglesia; de suerte que la doctrina de los Santos Padres y del sagrado ministerio, debe pasarse, por así decir, por el raserio de la Sagrada Escritura, explicada por los exegetas de modo puramente humano más bien que exponer la misma Sagrada Escritura según la mente de la Iglesia que ha sido constituida por Cristo Señor guardiana e intérprete de la verdad divinamente revelada.

(*Humani generis.*)

2) *En lo que concierne a la doctrina de la Fe, se dice que las fórmulas dogmáticas están a tal punto sometidas a la evolución histórica que su mismo sentido objetivo está sujeto a cambio.*

D. - 1800. (Del verdadero progreso de la ciencia natural y revelada). Y, en efecto, la doctrina de la fe que Dios ha revelado, no ha sido propuesta como un hallazgo filosófico que deba ser perfeccionado por los ingenios humanos, sino entregada a la Esposa de Cristo, como un depósito divino, para ser fielmente guardada e infaliblemente declarada. De ahí que también hay que mantener perpetuamente aquel sentido de los sagrados dogmas que una vez declaró la santa madre Iglesia y jamás hay que apartarse de ese sentido so pretexto y nombre de una más alta inteligencia. (Can. 3). "Crezca, pues, y mucho poderosamente se adelante en quilates, la inteligencia, ciencia y sabiduría de todos y de cada uno, ora de cada hombre particular, ora de toda la Iglesia universal, de las edades y de los siglos; pero solamente en su propio género, es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido, en la misma sentencia". (Vincencius Lirinensis, *Commonitorium* 27 (PL. 50, 668, c. 23).)

D. - 2310. Además reducida la doctrina católica a esta condición, piensan que queda así abierto el camino por el que satisfaciendo a las exigencias actuales pueda expresarse también el dogma por las nociones de la filosofía moderna, ya del inmanentismo ya del idealismo ya del existencialismo ya de cualquier otro sistema. Algunos más audaces afirman que ello puede y debe hacerse, porque, según ellos, los misterios de la fe jamás pueden significarse por nociones adecuadamente verdaderas, sino solamente por nociones "aproximativas", como ellos las llaman, y siempre cambiantes, por las cuales, efectivamente, la verdad se indica, en cierto modo, pero forzosamente también se deforma. De ahí que no tienen por absurdo, sino por absolutamente necesario, que la teología, al hilo de las varias filosofías de que en decurso de los tiempos se vale como de instrumento, vaya substituyendo las antiguas nociones por otras nuevas, de suerte que, por modos diversos y hasta en algún modo opuestos, pero, según ellos, equivalentes, traduzca a estilo humano las mismas verdades divinas. Añaden en fin que la historia de los dogmas consiste en exponer las varias formas sucesivas que la verdad revelada ha ido tomando, conforme a las varias doctrinas e ideas que han aparecido en el decurso de los siglos.

(*Humani generis.*)

3) *Ocorre que se desatiende y se minimiza a tal punto el magisterio ordinario de la Iglesia, sobre todo el del Romano Pontífice, que se le relega casi al dominio de las libres opiniones.*

D. - 2313. Por desgracia, estos amadores de novedades fácticamente pasan del desprecio de la teología escolástica a descuidar y hasta desprestigiar también el Magisterio mismo de la Iglesia que en tan alto grado aprueba con su autoridad aquella teología. Y es que este Magisterio es por ellos presentado como rémora del progreso y obstáculo de la ciencia ya por muchos acatólicos es considerado como un injusto freno que impide a algunos teólogos más cultos la renovación de su ciencia. Y aunque este sagrado Magisterio ha de ser para cualquier teólogo en materias de fe y costumbres la norma próxima y universal de la verdad, como quiera que a él encomendó Cristo Señor el depósito entero de la fe, es decir, la Sagrada Escritura y la "tradición" divina, para custodiarlos, defenderlos o interpretarlos; sin embargo, el deber que tienen todos los fieles de evitar también aquellos errores que más o menos se aproximan a la herejía y, por ende, "de guardar también las constituciones y decretos con que esas erróneas opiniones han sido prohibidas y proscritas por la Santa Sede" (Con Vaticano I Constitución *De fide cath.*, cap. 4, *De fide et ratione*); ese deber, decimos, de tal modo es a veces ignorado como si no existiera. Hay quienes expresamente suelen dar de mano a cuanto en las Encíclicas de los Pontífices romanos se expone sobre la naturaleza y constitución de la Iglesia a fin de que prevalezca un concepto vago que afirman haber ellos sacado de los antiguos Padres, particularmente griegos. Porque los Sumos Pontífices, como ellos andan diciendo, no quieren juzgar de las cuestiones que se disputan entre los teólogos, y hay que volver por ende, a las fuentes primitivas, y explicar por los escritos de los antiguos las constituciones y decretos modernos del Magisterio.

Esto, si bien parece estar dicho con conocimiento de causa, no carece sin embargo de falacia. Porque es cierto que generalmente los Pontífices dejan libertad a los teólogos en las cuestiones que se discuten con diversidad de pareceres entre los doctores de mejor nota; pero la historia enseña que muchas cosas que antes estuvieron dejadas a la libre discusión, luego no pueden admitir discusión de ninguna especie.

Tampoco ha de pensarse que no exige de suyo asentimiento lo que en las Encíclicas se expone, por el hecho de que en ellas no ejercen los Pontífices la suprema potestad de su Magisterio; puesto que estas cosas se enseñan por el Magisterio ordinario, al que también se aplica lo de *quien a vosotros oye, a Mí me oye* (Luc. 10-16), y las más de las veces, lo que en las Encíclicas se propone y se inculca pertenece ya por otros conceptos a la doctrina católica. Y si los Sumos Pontífices en sus documentos pronuncian de propósito sentencia sobre alguna cuestión hasta entonces discutida, es evidente que esa cuestión, según la mente y voluntad de los mismos Pontífices, no puede ya tenerse por objeto de libre discusión entre los teólogos.

(*Humani generis.*)

4) *Algunos casi no reconocen ya una verdad objetiva absoluta, firme e inmutable; lo someten todo a un*

*cierto relativismo, preconizando como razón que toda verdad sigue necesariamente el ritmo de la evolución de la conciencia y de la historia.*

D. - 2058. La verdad no es más inmutable que el hombre mismo, pues se desenvuelve con él, en él y por él. (Proposición condeada en el Decreto *Lamentabili* de 3 julio 1907, S. Pío X, núm. 58.)

5) *El error toca incluso la misma adorable Persona de N. S. Jesucristo, cuando al reconsiderar la cristología se emplean nociones sobre su naturaleza y sobre su Persona, que son difícilmente conciliables con las definiciones dogmáticas. Se extiende un cierto humanismo cristológico que reduce a Cristo a la simple condición de un hombre que poco a poco habría adquirido la conciencia de su divina filiación. Su concepción virginal, sus milagros, incluso su resurrección se conceden de palabra, pero son relegadas en realidad al orden puramente natural.*

D. - 2035. Cristo no tuvo siempre conciencia de su dignidad mesiánica. (Proposición condenada en el Decreto *Lamentabili*, ibid. Núm. 35.)

6) *Del mismo modo en la forma de tratar la teología de los sacramentos, ciertos elementos son o ignorados o no considerados suficientemente, sobre todo en lo que concierne a la Santísima Eucaristía. En lo que se refiere a la presencia real de Cristo bajo las especies de pan y vino, los hay que disertan favoreciendo un simbolismo exagerado, como si el pan y el vino no hubieran sido cambiados por la transustanciación en el Cuerpo y Sangre de N. S. Jesucristo, sino simplemente transferidos a una cierta significación. Los hay también que en lo que se refiere a la misa favorecen más de lo que es justo la idea de banquete (ágape) en detrimento de la idea de sacrificio.*

D. - 2318. ... tampoco faltan quienes pretenden que la doctrina de la transustanciación como apoyada que está en una noción filosófica de substancia ya anticuada, ha de ser corregida en el sentido de que la presencia real de Cristo en la Santísima Eucaristía se reduzca a una especie de simbolismo en cuanto las especies consagradas sólo son signos eficaces de la presencia espiritual de Cristo y en su última unión con los fieles Miembros de su Cuerpo místico. (*Humani generis.*)

D. - 1529. La doctrina del Sínodo, por la parte en que proponiéndose enseñar la doctrina de la fe sobre el rito de la consagración, apartadas las cuestiones escolásticas acerca del modo como Cristo está en la Eucaristía, de las que exhorta se abstengan los párrocos al ejercer su cargo de enseñar, y propongan estos dos puntos solos: 1) Que Cristo después de la Consagración está verdadera, real y substancialmente bajo las especies; 2) Que cesa entonces toda la substancia del pan y del vino, quedando sólo las especies, omite enteramente hacer mención alguna de la transustanciación, es decir, de la conversión de toda la substancia del pan en el Cuerpo y de toda la substancia del vino en la Sangre, que el Concilio Tridentino definió como artículo de fe

[v. 877 y 884] y está contenida en la solemne profesión de fe [v. 997]; en cuanto por semejante imprudente y sospechosa omisión se substraen el conocimiento tanto de un artículo que pertenece a la fe como de una voz consagrada por la Iglesia para defender su profesión contra las herejías, y tiende así a introducir el olvido de ella, como si se tratara de una cuestión meramente escolástica, es perniciosamente derogativa de la exposición de la verdad católica acerca del dogma de la transubstanciación y favorecedora de los herejes.

(Errores del Sínodo de Pistoya condenados en la Constitución *Auctorem fidei*, proposición núm. 29.)

## De la *Mysterium fidei*

Con todo, Venerables Hermanos, no faltan precisamente en la materia de que estamos hablando, motivos de grave solitud pastoral y de ansiedad, acerca de los cuales la conciencia de nuestro deber Apostólico no nos permite callar.

En efecto, sabemos ciertamente que entre los que hablan y escriben de este Sacrosanto Misterio, hay algunos que divulgan ciertas opiniones acerca de las Misas privadas, del dogma de la transubstanciación y del culto Eucarístico, que turban las almas de los fieles, engendrándoles no poca confusión en las verdades de la fe, como si fuese lícito a cualquiera echar en olvido la doctrina definida ya por la Iglesia e interpretarla de modo que el genuino significado de las palabras o la reconocida fuerza de los conceptos queden enervados.

No se puede, en efecto, por poner un ejemplo, exaltar tanto la Misa llamada "comunitaria", que se descarte la Misa privada; ni insistir tanto en la razón de signo sacramental como si el simbolismo, que todos ciertamente admiten en la Sagrada Eucaristía, expresase exhaustivamente el modo de la presencia de Cristo en este Sacramento; o discutir acerca del misterio de la transubstanciación sin decir una palabra de la admirable conversión de toda la substancia del pan en el Cuerpo de Cristo y de toda la substancia del vino en su Sangre, de que habla el Concilio de Trento, de suerte que queden limitadas solamente, como dicen, a la "transignificación" y "transfinalización"; o finalmente, proponer y llevar a la práctica la opinión según la cual en las hostias consagradas que quedan después de la celebración del Sacrificio de la Misa, Nuestro Señor Jesucristo no estaría ya presente.

(...)

La norma, pues, de hablar, que la Iglesia con un prolongado trabajo de siglos, no sin ayuda del Espíritu Santo, ha establecido, confirmándola con la autoridad de los Concilios, y que con frecuencia se ha convertido en contraseña y bandera de la fe ortodoxa, debe ser escrupulosamente observada y nadie, por su propio arbitrio o con pretexto de nueva ciencia, presume cambiarla. ¿Quién jamás podría tolerar que las fórmulas dogmáticas usadas por los Concilios Ecuménicos para los misterios de la S. S. Trinidad y de la Encarnación se juzguen como inadecuadas a los hombres de nuestro tiempo y que en su lugar se empleen inconsideradamente otras nuevas? Del mismo modo, no se puede tolerar que cualquier persona privada pueda atentar a su gusto contra las fórmulas con que el Concilio Tridentino ha propuesto la fe del misterio eucarístico.

Puesto que esas fórmulas, como las demás de que la Iglesia se sirve para proponer los dogmas de la fe, expresan conceptos que no están ligados a una determinada forma de cultura, ni a una determinada fase de progreso científico, ni a una u otra escuela teológica, sino que manifiestan lo que la mente humana percibe de la realidad en la universal y necesaria experiencia y lo expresan con adecuadas y determinadas

palabras tomadas del lenguaje popular o del lenguaje culto. Por eso resultan acomodadas a los hombres de todo tiempo y lugar.

7) *Algunos gustan de explicar el sacramento de la penitencia como medio de reconciliación con la Iglesia y no subrayan bastante la reconciliación con Dios ofendido. Pretenden también que para la celebración de este sacramento no es necesaria la confesión personal de los pecados mientras se preocupan de explicar únicamente la función social de reconciliación con la Iglesia.*

D. - 911. Si alguno dijere que la penitencia en la Iglesia católica no es verdadera y propiamente sacramento, instituido por Cristo Señor nuestro para reconciliarse con Dios mismo a los fieles, cuantas veces caen en pecado después del bautismo, sea anatema.

(Canon núm. 1 sobre la Penitencia Concilio de Trento.)

... los que se acercan al sacramento de la penitencia obtienen el perdón de la ofensa hecha a Dios por la misericordia de éste y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que, pecando, ofendieron, la cual, con claridad, con ejemplos y con oraciones les ayuda en su conversión.

(Constitución dogmática sobre la Iglesia, núm. 11. Vaticano II.)

8) *No faltan quienes minimizan la doctrina del Concilio de Trento sobre el pecado original o que la comentan de tal manera que la falta original de Adán y la transmisión de su pecado son por lo menos puestas en duda.*

D. - 2328. ... mas cuando se trata de otra hipótesis, la del llamado poligenismo, los hijos de la Iglesia no gozan de la misma libertad, porque los fieles no pueden abrazar la sentencia de los que afirman o que después de Adán existieron en la tierra verdaderos hombres que no procedieron de aquél como del primer padre de todos por generación natural, o que Adán significa una especie de muchedumbre de primeros padres. No se ve por modo alguno cómo puede esta sentencia conciliarse con lo que las fuentes de la verdad revelada y los documentos del magisterio de la Iglesia proponen sobre el pecado original, que procede del pecado verdaderamente cometido por un solo Adán, y que, transfundido a todos por generación, es propio a cada uno.

(Ver también Rom. 5, 12-19 y Con. de Trento, Sesiones v. 1-4.)

## Sobre el pecado original

(Pablo VI)

De esta forma, en la constitución dogmática "Lumen Gentium" en plena consonancia con la divina revelación y el magisterio de los precedentes Concilios de Cartago, Orange y Trento, se enseñan claramente el hecho y la universalidad del pecado original, como también la naturaleza íntima del estado en el que la humanidad cayó por la culpa de Adán: "El Padre Eterno, por decisión libre y arcana de su sabiduría y bondad, creó el universo, decretó elevar a los hombres a la participación en la vida divina, y no los abandonó una vez caídos en Adán, proporcionándoles siempre gracias para la salvación, a la vista de Cristo Redentor, imagen de Dios



invisible, primogénito de toda criatura" (Col. 1, 15; const. dogm. Lumen Gentium, c. 1, n. 2).

En términos explícitos, esta misma constitución, en el capítulo I (sobre la dignidad de la persona humana), refiriéndose tácitamente al Génesis (cap. 3) y a la doctrina del Concilio de Trento, achaca al pecado del primer hombre la fuente principal del desorden moral existente en la humanidad, declarando: "el hombre, sin embargo, creado en estado de justicia por Dios, por tentación del Milagro, ya en los comienzos de la historia, abusó de su libertad, erigiéndose a sí mismo contra Dios y deseando conseguir su fin fuera de Dios" (Const. past. "Gaudium et Spes", c. 1, n. 13).

Como aparece evidente en estos textos, que hemos creído oportuno mencionar, el Concilio Vaticano II no ha tratado de profundizar y completar la doctrina católica sobre el pecado original, ya suficientemente declarada y definida, como decíamos en los Concilios de Cartago (418), de Orange (529) y de Trento (1546). Solamente ha querido confirmarla y aplicarla según las exigencias de sus objetivos, prevalentemente pastorales.

**9) No menores son los errores que circulan en el dominio de la teología moral. Muchos, en efecto, osan rechazar la razón objetiva de la moralidad; otros no aceptan la ley natural y afirman la legitimidad de lo que ellos llaman la moral de situación. Circulan bastante opiniones perniciosas sobre la moralidad y la responsabilidad en materia sexual y de matrimonio.**

**D. - 2063. La Iglesia se muestra incapaz de defender eficazmente la moral evangélica, pues obstinadamente se apega a doctrinas inmutables que no pueden conciliarse con los progresos modernos.**  
(Proposición condenada en Decreto *Lamentabili*.)

(...)

Como en la doctrina dogmática, también en el ordenamiento moral católico se quería hacer casi una revisión radical para establecer un nuevo orden de valores.

El paso primero o por mejor decir, el primer golpe contra el edificio de las normas morales cristianas debería ser el separarlas — como se pretende — de la vigilancia angosta y opresora de la autoridad de la Iglesia, de suerte que liberada de las sutilezas sofisticas del método casuístico, la moral sea de nuevo devuelta a su forma original y confiada simplemente a la inteligencia y a la determinación de la conciencia individual.

Todos ven a cuan funestas consecuencias conduciría semejante trastorno de los fundamentos mismos de la educación.

Sin poner de relieve la manifiesta impericia y la falta de madurez en el juicio de quienes sostienen tales opiniones, conveniente será poner de manifiesto el vicio capital de esta nueva moral. Al dejar todo criterio ético a la conciencia individual celosamente encerrada en sí misma y convertida en

árbitro absoluto de sus determinaciones, esta teoría, lejos de facilitarle el camino la apartaría del camino real que es Cristo.  
*Conciencia y Moral*. Pío XII (23 de marzo de 1952).

**10) A todo esto es preciso añadir una nota sobre ecumenismo. La Sede Apostólica aprueba ciertamente a los que según el espíritu del Decreto conciliar sobre el Ecumenismo, toman iniciativas para favorecer la caridad con los hermanos separados y atraerlos a la unidad de la Iglesia; pero lamenta que haya quienes, interpretando a su manera el Decreto conciliar, preconizan una acción ecuménica que ofende la verdad sobre la unidad de la fe y de la Iglesia, favoreciendo un peligroso irenismo e indiferentismo, lo cual es enteramente opuesto al espíritu del Concilio.**

**D. - 2308.** ... todavía se observa otro peligro, y éste tanto más grave cuanto más cubierto se presenta so capa de virtud. Hay, en efecto, muchos que, deplorando la discordia del género humano y la confusión de las inteligencias, llevados de imprudente celo de las almas, se sienten movidos de una especie de ímpetu e inflamados de vehemente deseo de romper las barreras por las que están separados los hombres buenos y honrados, y abrazan un "irenismo" tal que, dando de mano a las cuestiones que separan a los hombres no sólo intentan rechazar con fuerzas unidas el arrollador ateísmo, sino que tratan de conciliar las oposiciones aún en materias dogmáticas. Y a la manera que hubo antaño quienes preguntaban si la apologetica tradicional de la Iglesia no constituiría más bien un obstáculo que una ayuda para ganar las almas para Cristo, así no faltan hoy tampoco quienes se atreven a plantear en serio la cuestión de si la teología y sus métodos, tal como con aprobación de la autoridad de la Iglesia se dan en las escuelas, no hayan de perfeccionarse sino ser en todo reformados a fin de que el Reino de Cristo se propague con más eficacia por todos los lugares de la tierra entre los hombres de cualquier cultura y cualesquiera ideas religiosas.

Ahora bien, si estos hombres no intentaran otra cosa que adaptar mejor la ciencia escolástica y su método a las actuales condiciones y necesidades, con la introducción de algún nuevo procedimiento, apenas habría razón alguna de temer; pero es el caso que algunos, arrebatados de un imprudente "irenismo" parecen considerar como óbices para la restauración de la unidad fraterna lo que se funda en las leyes y principios mismos dados por Cristo y sostén de la fe, cayendo lo cual, todo seguramente se uniría, pero solamente para la ruina...

(*Humani generis*, Pío XII.)

\* \* \* \*

**Estos errores y estos peligros esparcidos unos aquí, otros allá se recogen bajo la forma de síntesis sumaria en esta carta a los Ordinarios de los lugares a fin de que cada uno según su función y su oficio se esfuerce en ponerlos a raya o en prevenirlos. Este Sagrado Dicasterio pide encarecidamente a dichos Ordinarios de Lugares que reunidos en Conferencias Episcopales traten de ello y hagan una relación eficiente a la Santa Sede**

**dando a conocer lo observado antes de la fiesta de Navidad de este año.**

**Que los Ordinarios y aquellos a los que ellos estimen deber comunicárselas, guarden bajo estricto secreto estas cartas que una razón evidente de prudencia prohíbe hacerlas públicas.**

**Card. OTTAVIANI**

# EL BALUARTE

El Cardenal Ottaviani publicó con este título un libro del que publicamos algunos fragmentos.

Doy gracias a mi familia, sede constante de mis constantes y puros afectos, en particular a mis llorados padres, quienes, junto con la vida, encendieron en mi corazón una gran devoción, de tal forma que, no obstante su modesta condición no perdonaron sacrificio ni esfuerzo alguno para hacer posible mi acceso al sacerdocio. Doy gracias a mis primeros maestros los inolvidables Hermanos de las Escuelas Cristianas, a los profesores de mi Seminario, los cuales, en uno de los más amargos y tenebrosos períodos, cual fue el del modernismo, supieron guiarnos, en el servicio de Cristo y de la Iglesia, con mano firme y delicadeza de corazón; supieron infundirnos una tal comprensión de la doctrina y comportamiento, de la Historia y de la vida, de rehuir pronta y firmemente la más ligera sombra de fanatismo o de relajación; supieron despertar en nosotros un espíritu de vigilancia, mezcla de una gran agudeza para descubrir el error y de una gran indulgencia para el equivocado; supieron, en fin, formarnos en una piedad tierna pero clarividente, hecha de amor, no solamente al Padre que está en los cielos, sino también hacia los hermanos que están en la tierra.

¿En torno a quién hemos de permanecer, sino en torno a Aquél que hace las veces de Dios en la tierra? Los bárbaros actuales pasarán, como pasaron los antiguos. Sin duda alguna, la hora está cercana. ¡El Papa permanecerá!

(12 enero de 1953 al comunicársele el nombramiento de Cardenal)

Y, no obstante, por siniestras que sean las visiones y las previsiones, por ruidosas y ensordecedoras que sean las jactancias humanitarias no obstante, entre el delirio de la exaltación y de la angustia, está la verdad: y la verdad está para el hombre. Aun cuando nada ni nadie militara en defensa del hombre, la ciencia lo ignorase y la filosofía lo negara, él es más grande que ellos: a su favor está la Iglesia y en la Iglesia está Dios. Ciertamente no contra el tiempo y la naturaleza, obras de Dios también ellos, sino por la naturaleza y por el tiempo descendiende a la palestra, en favor del hombre, la eternidad. No tengamos ningún miedo: todo este tumulto de crueldades y de errores, toda esta furia de maldad y de insensatez no es más que la última, la más reciente máscara con la que se ha disfrazado el mundo contra el hombre y, no obstante, nosotros lo sabemos, el Señor ha vencido al mundo. Lo ha vencido desde una cruz, pero lo ha vencido. Y continúa ven-

ciéndolo, hoy día, sobre nuestra cruz, como ayer desde la suya. Lo venció, crucificado a muerte en su carne; lo vence crucificado en su Iglesia. Lo venció Él, entonces, por Sí mismo y con los suyos, lo vence ahora en sus santos y en sus justos. No en el fasto y en el clamor, no en la abundancia y en las comodidades, no como triunfador del mundo, ni como héroe de historias paganas y paganizantes, no: sino como Él sólo sabe, como únicamente Él puede, así Él vence. El mundo, todavía hoy, le crucifica y Él lo derrota.

(De una disertación publicada en la "American Ecclesiastical Review" en agosto de 1959)

Es, pues, evidente que la Iglesia debe intervenir para juzgar si quienes detentan el poder usan de él para el bien de los ciudadanos, sea bajo el aspecto moral, sea bajo el aspecto sobrenatural, ya que todo se ha de dirigir al último fin. No hemos sido creados exclusivamente para vivir en una patria terrena; y buscamos lo eterno y no podemos, por cosas temporales, perder las eternas.

(Ante los dirigentes estudiantiles de la GIAC, el 1 de noviembre de 1956)

Hace ya decenios que, en nombre de presuntas teorías humanitarias y sociales, se ha establecido en el mundo una desvergonzada técnica de gobierno por parte de quienes, después de haberse hecho con el poder —y no me detengo a explicar con qué métodos—, y de tener en la mano las palancas de mando, deportan, encarcelan, exterminan. Los tiempos de Tamerlan se repiten. En pleno siglo XX ha habido que deplorar genocidios, deportaciones en masa, carnicerías como aquellas de las Fosas de Katyn, matanzas como las de Budapest.

"No basta" no se tiene ninguna repugnancia en dar la mano a los nuevos Anticristos. Es más, se corre para ver quién llega antes a estrechársela y a cambiar amables sonrisas.

(En la capilla Borghesiana de Sta. María la Mayor, 7 de enero de 1960)

No hablo ya de aquellos países —y son inmensos, es más, son continentes— en los cuales es apresada y condenada a muerte (la Iglesia) como su Divino Esopo;

pienso en nuestras mismas naciones, que se llaman cristianas, y son, a veces, gobernadas por mayorías católicas. ¡Cuántas ofensas cada día y continuamente desde la más claromosa a la más insidiosa; de la más encubierta con buenos modales a la más abyecta! Y en nuestro mismo campo, cuántas críticas, cuánta indisciplina, sin hablar ya de alguna traición. ¡Hay, incluso, católicos con poder político, que osan tomar partido por quienes no sólo ofenden, sino que asesinan a la Iglesia y, mientras, todos recurren a los sacerdotes, para usarlos como valederos cerca de los poderosos; se consigue así que la gente se desentienda de los hombres de la eternidad, transformándolos en agentes de las cosas temporales. No es ésta la manera de honrar a la Iglesia. Más bien, así se la deshonra. Esto no es servir a la Iglesia; esto es usar de ella.

(En el "Quotidiano" del 22 de enero de 1958)

Es, pues, a este Amor, a este Espíritu de verdad, a este divino Consolador, **dulcis hospes animae**, suave huésped del alma cristiana, al que el mundo debe tantos ínclitos confesores; tantos héroes y heroínas del martirio cristiano; tantos grupos de vírgenes dedicadas al ejercicio de la caridad más edificante y altruista; tantos estudiosos del dogma y de las otras verdades cristianas; tanta seguridad en la guía espiritual por parte de perfectos sacerdotes; tanto espíritu de sacrificio de anacoretas, de heroicos misioneros, de Obispos, imágenes redivivas del Buen Pastor; de ínclitos Papas que, con la aureola del martirio o de la santidad, han ennoblecido y hecho gloriosa la serie de sucesores de Pedro. Y ornado de preciosas perlas la corona de gloria que adorna a la Esposa de Cristo. Y, todavía hoy, es este Amor, este divino Consolador que enjuga las lágrimas y limpia la sangre que brota de las heridas del Cuerpo Místico causadas por la persecución y la opresión en los países dominados por el comunismo.

(En la Basílica de San Marcos de Venecia el día de Pentecostés de 1960)

Nuestros enemigos nos acusan de veneración excesiva al Sumo Pontífice, porque ignoran que para nosotros es él la fuente de la luz, no ya en cuanto él es esta o aquella persona, sino en cuanto es Vicario de Cristo, sucesor de San Pedro, Pastor Supremo de la Iglesia.

(En el "Quotidiano" del 11 de marzo de 1966, con ocasión del XVII aniversario de la Coronación de Pío XII)

... los fieles deben esperar del sacerdote el pan de la predicación evangélica y del banquete eucarístico, la sagrada acción redentora del pecado; y no que are su campo, que fije el horario de oficina, o que participe en

las luchas de clases, en vez de actuar en cruzada de amor entre los hermanos.

(En el "Quotidiano" del 25 de enero de 1959)

Cada vez más y más alta en el firmamento de la Iglesia, del beato Pío X resplandece también más luminosa en la historia.

A la vuelta de pocos decenios, todas las voces proclaman al unísono la grandeza de este hombre y de este santo del más humilde origen, que, ni el fulgor del papado, lo puso en olvido; es más, no quiso que nadie lo olvidara. Viene a propósito, pensando en él, recitar una vez las palabras que en la historia cristiana se han revelado como una de las más constantes leyes fijadas por el Dador de la gracia: **respexit humilitatem... exaltavit humiles**. Aquel Pontífice que alegró nuestra adolescencia con la estimulante bondad de su mirada paternal y en cuya faz, junto con la huella de una sobrehumana dulzura, llegaba el estigma del sufrimiento que los hombres le infringían; aquel Pontífice que parecía únicamente un hombre bondadoso, se nos revela, de año en año, más elevado, más único, más solitario en su grandeza; grandeza de santidad, grandeza de acción para **instaurare omnia in Christo!** Reavivó la vida sacramental en la parroquia; renovó el rito y el canto litúrgicos, renovó la enseñanza catequística, renovó los seminarios. Tomó en sus manos el Derecho canónico que, en el transcurso de los siglos se había convertido en una intrincada selva, cuanto más frondosa, más impracticable, y nos dio el código. Sometió la organización de los laicos a tal trabajo de renovación, la condujo a tal grado de madurez que al cabo de poco tiempo se produjo un retorno general de los católicos a participar en la vida civil y política de sus países. Este hombre bondadoso no tuvo miedo de afrontar, en la diplomacia, nudos gordianos seculares ni de cortarlos con resolución apostólica.

(El 13 de diciembre de 1951, en los actos celebrados por la Curia Romana con motivo de la solemne beatificación del Papa Pío X)

Contra el diluvio de tanta prensa, a menudo irresponsable y muchas veces infiel; contra el río de palabrería que nos inunda a través de la propaganda política, la televisión y la radio; contra la múltiple confusión que originan en nuestra alma las mil voces que cada día surgen, nos retumban al oído y nos aturden; contra todo el terror del mundo, unámonos estrechamente alrededor de nuestro Obispo. Él es Jesús entre nosotros, es el Pastor entre su grey.

(En el III centenario de la Jerarquía Canadiense, el 7 de octubre de 1959)

Para vosotros, miembros del clero de la diócesis de Bayeux y Lisieux, existe, además, un motivo especial

de orgullo, junto a un profundo temor, por el honor y la responsabilidad de ser los sacerdotes que con toda seguridad merecen los más especiales cuidados por parte de la pequeña florecilla de Lisieux y deben demostrar, con una vida ejemplar, los efectos de tanta protección.

¿Cómo no recordar, a tal efecto, cuánto amó Santa Teresa del Niño Jesús al Sacerdocio y a los sacerdotes y cuántas de sus plegarias elevaba por el bien del ministerio sacerdotal?

Debido a eso, se ha observado justamente **qu'elle a bien mérité d'être appelée "l'ange du sacerdoce"**. El concepto que este "ángel" tenía de la perfección sacerdotal, se describe con estas sus palabras: **"Ces âmes devraient être plus transparentes que le cristal"**.

(A los sacerdotes de la diócesis de Lisieux en los actos conmemorativos del 60 aniversario de la muerte de Sta. Teresa, 30 de setiembre de 1957)

Sin ninguna duda, desde hace muchos años, el catolicismo está aguantando no solamente el choque de la anti-Iglesia, el asalto de aquellos que contra toda doctrina espiritual, contra toda libertad y dignidad humana desecandaron el poderoso ataque del materialismo, sino que también lucha por defenderse de las insidias de aquellos que quieren sustituir por la iglesia del hombre la Iglesia de Dios y, con el indiferentismo, el sincretismo, con la renuncia y el cansancio tratan de deformar la verdadera faz que el Divino Fundador ha dado a su Iglesia.

(Mensaje al P. Connell)

La intervención de la Iglesia en las cuestiones de doctrina constituye parte integrante de su mandato y de su potestad fundamentales, lo cual atestiguan los orígenes más lejanos, o sea, primitivos de la Iglesia. No tengo necesidad de recordaros que San Pedro no vaciló un instante en poner a los fieles en guardia contra ciertos **magistri mendaces, qui introducunt sectas perditionis** (II Pedro, II c. 1) y contra los que falseaban el sentido de las cartas de San Pablo **in quibus sunt quaedam difficilia intellectu, quae indocti, et instabiles depravant** (II Petri, III c. 16).

El Índice, dícese, está cargado de ramas secas. El 90% de sus nombres son caducos y ni siquiera se sabe por qué contiene ciertos nombres. Pero lo que convendría demostrar es que lo que hoy es seco no era verde ayer: y aun cuando se podría proceder a una revisión, no quiere ello decir que, en el pasado, la Iglesia, aun desafiando la impopularidad, no haya procedido correctamente, como el tiempo lo ha atestiguado. Lo que la Iglesia condenó ayer, tuvo ayer su actualidad en el mundo, y al condenarlo la Iglesia, dio muestras de su gran arrojo.

Por lo demás, en la Curia romana no es jamás una sola persona la que juzga, sino varias que, recíproca-

mente, se esclarecen y completan. Nunca se procede precipitadamente. No se obedece a inspiraciones exteriores y ocasionales. No se condena un libro en un momento de mal humor.

(Discurso en el Congreso de Censores Eclesiásticos, el 16 nov. de 1959)

Una cosa deseo recordaros: sed devotos de Nuestra Señora: igualad a vuestros padres en vuestro afecto filial para la Virgen María. No hay lugar en Roma sin huellas de la devoción del patriciado romano a Nuestra Señora. Basílicas, iglesias, capillas, oratorios, estatuas, cuadros, ornamentos insignes, copiosas dotaciones, todo ello obra del patriciado romano en honor de la Madonna. No seáis inferiores, pues, a vuestra tradición ni indignos de vuestro nombre; incluso por esto amad a Nuestra Señora, glorificadla, sostened su culto y su honor, sed también en esto guía y ejemplo para el pueblo.

(A los miembros de la Congregación Mariana de los nobles de Roma, el 27 de mayo del Año Mariano de 1964)

Recordad que cuando el arte no sabe acompañar la plegaria, no sabe orar, constituye un mal síntoma y es sino de que ni tan sólo es arte, sino puro engaño, o del autor, o de los demás, o del autor y de los demás, conjuntamente.

Cuando de arte sacro se trata, nosotros debemos puntualizar el significado de la palabra "sacro". A riesgo de parecer anticuados, particularmente nosotros, los sacerdotes, sobre todo cuando pesará sobre nosotros la responsabilidad directa de las almas, estamos en el derecho y hasta en el deber de arrojar fuera de la iglesia todo lo que no conduce a Dios. ¡Qué se puede decir, pues, de lo que conturba las mentes y escandaliza a los corazones! Mejor, cien veces mejor, una obra de arte fallida que no una alma perdida: mejor ignorar una gloria de la tierra que ignorar la gloria de Dios.

Pero hoy, más que nunca, el peligro lo constituyen quienes no sabiendo alcanzar en arte la belleza, quieren sobresalir con la monstruosidad, con la rareza, émula de la caricatura y del arte de los primitivos, presentando las cosas, y las personas santas mutiladas.

(Discursos varios sobre el arte sacro)

Frente a tanta destrucción de ideas, la Iglesia os dice hoy la misma palabra que —yo estoy seguro de ello— os dice vuestra conciencia: sed ministros de la verdad, sed apóstoles del bien: **ministerium tuum imple, opus fac evangelistae**. Este mandato fue confiado a los Apóstoles y a los Obispos, sus sucesores pero, en el cuadro y en los límites de vuestra condición, se confía también a vosotros, porque también a los laicos, fue involucrado el deber de actuar de una manera digna de su vocación cristiana: **sicud Dei ministros**.

**Veritatem facientes in charitate**. Como San Francis-

co de Sales, vuestro Patrón y Obispo de una ciudad fronteriza del error, vosotros debéis ser como centinelas entre la verdad y el error, reclamar a los fugitivos, retener a los que huyen. **Clama ne cesses!** Este es vuestro mandato, nada menos que el de los profetas y de la Iglesia, decir la verdad, pero decirla con amor, solamente hareis prevalecer en los corazones lacerados de los hombres, envenenados por una propaganda de error, de odio, el sentido de la paz cristiana; únicamente así honraréis e imitaréis a vuestro Patrón que escribió: "quien predica con amor, predica mucho contra los herejes, aunque no diga una sola palabra para disputar con ellos". Y hablar con amor no quiere decir hablar sin fuerza. El Amor es una fuerza a la que ninguna otra fuerza resiste, lo vence todo y todo lo arrastra.

(En la fiesta de S. Francisco de Sales de 1955 a los periodistas católicos)

Tengamos confianza: Lourdes nos asegura que María está presente no sólo como la aparición ultraterrena de que habla el Apocalipsis, como la mujer vestida de sol y coronada de estrellas, sino también como la humilde María que en la humilde casa de Caná anticipó la hora divina. Por nuestros pecados merecemos todos los castigos y las más despiadadas ejecuciones. Hemos echado a su Hijo de las escuelas y de las oficinas, y de las ciudades y del campo, de las calles y de las casas, lo hemos echado de las mismas iglesias. Lo hemos echado, arrojado del corazón de tantos hombres; y cuando no hemos podido arrojárselo del corazón de un hombre le hemos matado a él mismo: **No, lumus hunc regnare super nos** (Lc., XIX, 14). Entre Barrabás y Jesús,

**Barabbam an iesum** (Mt. XXVII, 17), hemos escogido a Barrabás: **Non hunc, sed Barabbam**. Entre el Señor del universo y Barrabás —**erat autem Barabbam latro**— hemos preferido a Barrabás. Es en verdad la hora de Barrabás, como dijo hace 40 años un pobre y gran escritor italiano. A pesar de ello, confiados en María, sentimos que es la hora de Jesús, la hora de la redención. Ninguna hora está más próxima que aquella de la crucifixión. Triunfa Barrabás, es verdad, sentado en el trono; pero Jesús pende de la cruz, en la carne de tantos mártires, de tantos torturados, de tantos deportados, y en el espíritu de tantos oprimidos y apenados. Nunca tantas cruces de cristianos se han levantado en este único jardín de Nerón en que se va convirtiendo el mundo: quema Nerón otra vez su ciudad y da la culpa a los ciudadanos de la ciudad de Dios.

María, Madre del amor y del dolor, Madre de Belén y del Calvario, Madre de Nazaret y de Caná, intervenga por nosotros, acelere la hora divina. El mundo necesita del vino exprimido de aquella vid que es el mismo Jesús, nacido de María; **Ego sum vitis**, dijo (Jh. XV, 5), **Ego sum vitis vera**: el vino de esta vid queremos nosotros. Diga María como en Caná: **vinum non habent**; y dígalo con el mismo poder de intercesión, y si Él vacila, si rehusa, venza su vacilación como vence, por piedad materna, nuestra indignidad. Sea Madre piadosa para nosotros, Madre imperiosa para Él, acelere su hora que es nuestra hora. No resistimos más, ¡oh María! La humana generación perece, sino intercedes. Habla por nosotros, ¡oh silenciosa!, habla por nosotros, ¡oh María!

(Discurso de Clausura del Congreso Mariano Internacional celebrado en Lourdes en el mes de setiembre de 1958)

## LEA Y DIFUNDA FOLLETOS "CRISTIANDAD"

1. QUÉ ES EL COMUNISMO (Agotado)
2. LA IGLESIA Y EL ALZAMIENTO NACIONAL (2.ª edición)
3. LA UNIDAD CATÓLICA DE ESPAÑA (2.ª edición)
4. SAN JOSÉ EN EL EVANGELIO, EN EL CANON Y EN EL CONCILIO (5.ª edición)
5. SEGURIDAD DOCTRINAL (2.ª edición)
6. LO QUE USTED DEBE SABER SOBRE LA LIBERTAD RELIGIOSA (Próximo a agotarse)
7. GUARDAOS...
8. OPCIÓN INSOSLAYABLE: RECONQUISTA MORAL O DESBORDADO LIBERTINAJE
9. ASPECTOS FUNDAMENTALES DE LA LIBERTAD RELIGIOSA
10. TRIUNFALISMO Y LITURGIA (2.ª edición)
11. LIBERTAD RELIGIOSA SEGÚN EL CONCILIO (2.ª edición)
12. TENSIONES. CUESTIONES CATÓLICO-ESPAÑOLAS

A 5 pesetas ejemplar

Fuera de serie: LOS TESTIGOS DE JEHOVÁ. 10 ptas.

Publicaciones "CRISTIANDAD"

Lauria, 15. Barcelona (10)

# EN LA ETAPA POSTCONCILIAR

## Diálogo, sí; - pero, ¡cuidado!

El diálogo, es decir: la conversación entre dos o más personas que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos, ha sido usado siempre, como una manifestación espontánea y enteramente natural, y a la vez como una prueba de la naturaleza social del hombre. Siempre ha habido tendencia a dialogar; siempre, necesidad de dialogar. Pero esa tendencia y esa necesidad se manifiestan mucho mayores en nuestros tiempos. Los medios de comunicación nos han acercado mucho más que antes unos a otros; el deseo de saber, el anhelo de ampliar los conocimientos, y, en el fondo de todo, el hambre y sed que tiene el alma humana de llegar a la posesión de la verdad en todos los órdenes, y a la posesión del bien, en el que encuentren la felicidad, induce y lleva al diálogo. Las intenciones son muy diversas; las formas sumamente variadas; pero la costumbre y el ansia de dialogar es sin duda mayor que nunca. Diálogo para la adquisición de las ciencias y de las artes; diálogo para el avance y perfeccionamiento de la técnica; diálogo para la elevación de la cultura y aun del mismo nivel material de la vida; pero diálogo, sobre todo, para lo que más profundamente interesa a todos, es decir la respuesta a las gravísimas preguntas que se hace a sí mismo todo hombre en el que no se haya extinguido la llama del espíritu, y escuche las voces de la recta razón: ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos?, ¿qué somos?, ¿hay un más allá?, ¿el alma es inmortal?, ¿hay quién haya creado y gobierne el universo entero?, ¿hay Dios?, ¿hay relaciones, y cuáles son, entre Dios y los hombres, y entre éstos y Dios? En una palabra, diálogo sobre la Religión.

Los que por dicha nuestra estamos en posesión de la verdad y del bien, porque profesamos la Religión verdadera, única verdadera, la Cristiana, y en la única verdadera Iglesia de Cristo, la Católica; y esto nos consta, no por un sentimiento vago, o por una herencia recibida, sino por la convicción racional de los argumentos certísimos que cimentan nuestra fe, y por las razones segurísimas que defienden nuestra fe; vemos a nuestro lado o cerca de nosotros, o lejos de nosotros, pero no muy lejos porque todos nos hemos puesto muy cerca, a muchos que no tienen nuestra inmensa dicha, que más o menos andan muy cerca, a muchos que no tienen nuestra inmensa dicha, que más o menos andan extraviados, pues no van por los caminos rectos que llevan al último fin sobrenatural de todos los hombres: la vida eterna en Dios. Y si tenemos en la debida estima el don inapreciable de nuestra fe cristiana, si amamos a nuestros hermanos, que lo son todos los hombres, si queremos para ellos el bien de que disfrutamos, pues amar es querer bien y hacer bien; y, sobre todo, si amamos a Jesucristo, no hemos de quedar en

nuestro aislamiento; hemos de lanzarnos a buscar y a admitir el diálogo con nuestros hermanos. "El amor de Cristo nos urge, nos apremia, nos constriñe" (2 Cor., 5, 14). Así sentía y hablaba San Pablo; así hemos de sentir y hablar todos los cristianos.

Ejemplo maravilloso de diálogo nos lo ha dado la Iglesia en su Concilio Vaticano II, pues como nunca lo había hecho, se ha puesto decididamente a dialogar de la manera más abierta, sincera, fraternal con todos los hombres del mundo entero, sin distinción de razas, culturas y religiones. Y con el ejemplo aleccionador y estimulante, nos ha dado su encarecida recomendación de que también nosotros dialoguemos con nuestros hermanos, sean amigos o enemigos, de nuestro campo o de otros diversos.

¡Oh, el apostolado del diálogo, en conversación animada e íntima entre dos o pocas personas! Lo ejercitó eficazmente el gran Apóstol del universo gentil, S. Pablo, quien no tan sólo tenía discursos y razonamientos ante grandes multitudes, sino todavía más frecuentemente entablaba diálogo con personas individuales: "Recordad que durante un trienio, noche y día, no dejé de amonestar, con lágrimas, a cada uno en particular" (Act. Ap., 20, 31).

Pero, ¿qué digo? Si fue el mismo Dios quien primero, y con inefable bondad, quiso salvar la distancia infinita entre Él y nosotros, y con su divina revelación se puso a dialogar con sus hijos, ¡los hombres! En tiempos antiquísimos, de diferentes maneras, nos habló, dialogó con nosotros, por medio de los Profetas; y al final, por su mismo Hijo; y Jesucristo no cesa de dialogar con todos por medio de su Iglesia.

Y ¿no es el Evangelio de Cristo la más admirable y perfecta escuela de diálogo? Abre Jesús la actividad de su ministerio apostólico con un diálogo, a sus doce años de edad, con los doctores de la Ley, en el Templo de Jerusalén; y lo cierra con otro diálogo, en el Pretorio de Pilato, con el Presidente romano. Y entre aquel diálogo encantador, y éste, trágico y definitivo para la causa de nuestra redención por la Cruz, toda la vida apostólica del Divino Maestro es un continuo diálogo: unas veces con los suyos, sus Apóstoles y Discípulos; otras veces son personas particulares a quienes su inmenso amor y su encendido celo quería volver al buen camino, como con Nicodemus, con la mujer samaritana, con Zaqueo, con la Magdalena, con tantos otros. Pero sobre todo, sus diálogos con los mismos enemigos que ya al principio de su vida pública, habían comenzado a urdir la inicua trama con que intentaron perderle, y lograron, permitiéndolo Él, darle muerte.

Es precisamente en los diálogos con sus perseguidores

donde se revela con toda magnificencia el carácter de Jesús, su sabiduría y su bondad. ¡Cuán dulce y consolador es ver la serena tranquilidad y la amable condescendencia con que se dejaba preguntar por todos, aun cuando tantas veces las intenciones de los que iban a tener controversias con Él no eran leales, sino todo lo contrario! ¡Con qué moderación y prudencia respondía, y preguntaba también, a su vez! ¡Con qué discreción y, al mismo tiempo, con qué santa libertad reprendía, corregía, amonestaba! ¡Con qué equidad y sabiduría, y con qué bondad reconocía lo que podía haber de bueno en sus adversarios! Los diálogos de Jesús con los rabinos, los fariseos y los saduceos, son el gran modelo de toda discusión científica, de todo diálogo religioso.

Y es tan hermoso y eficaz el diálogo para la comunicación mutua de ideas y de afectos, que desde tiempos remotos se ideó el género literario del diálogo para la enseñanza y para la transmisión de las diversas doctrinas. Así Platón en sus inmortales diálogos; así San Agustín en muchos de sus doctísimos tratados; así Fray Luis de León en sus incomparables diálogos sobre los Nombres de Cristo, los cuales son, bien lo podemos decir, el monumento más grandioso que, en conjunto, se ha levantado a Jesucristo, por la unión y consorcio de la ciencia escriturística, teológica y filosófica con el más puro y excelso arte literario.

Por lo tanto, diálogo, sí; decididamente, sí; pero, ¡cuidado!

### ¡Cuidado! con el desnivel de cultura

1) *Cuidado con el desnivel de cultura y de preparación, al dialogar sobre Religión.* — Hay muchos que no tienen en cuenta este desnivel, y así se exponen a sacar más daño que provecho, del diálogo. Si una persona que, aun siendo de mucha fe y estando en la posesión de la verdad católica, dialoga con otra persona que es, por ejemplo, protestante, pero de mucha cultura y de largos estudios; y la primera se empeña en querer responder a todas las preguntas que le haga la otra, aun con buena intención, será para daño de una y otra. Lo más seguro y prudente es atenerse a aquel modo de proceder que prácticamente se mostraba en uno de los Catecismos más populares, en el que, después que el Maestro pregun-

taba al discípulo cuáles son los misterios de nuestra fe, y a continuación le preguntaba, acerca del de la Encarnación, etc., cómo había sido todo ello, el Catecismo ponía en boca del discípulo esta respuesta, no menos humilde y sencilla que sabia y prudente: “Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Iglesia, que os sabrán responder”. Si no sabes qué contestación dar a quien, estando en la acera de enfrente, te hace preguntas que están sobre tu formación y cultura religiosa, lo único prudente es remitir a tu interlocutor a las personas o a los libros donde encontrará la respuesta que desea.

### ¡Cuidado! con las habilidades de la discusión

2) *Cuidado con los muy hábiles en la discusión.* — Hay personas que tienen una gran habilidad para proponer y defender sus opiniones, sus puntos de vista, aun erróneos, y con gran fuerza de persuasión para presentarlo todo en forma que parezca recto y, verdadero; habilidad y fuerza que algunos poseen en tan alto grado, que no sólo persuaden, sino que llegan a sugestionar y

a obsesionar a los que dialogan con ellos. Hace falta una dialéctica muy firme y un sentido muy vivo de lo que es verdadero y bueno, para no dejarse influir y aun arrastrar por tales personas. No sabe uno cómo se las arreglan ciertas personas para hacer creíble y aceptable todo cuanto proponen.

¡Cuidado con los tales!

### ¡Cuidado! con los sofistas

3) *Cuidado con los sofistas.* — Describamos hace unos instantes, en el párrafo anterior, a personas de quienes se puede pensar que proceden de buena fe; y muchas veces es así; pues lo que tienen es talento dialéctico y potencia natural para defender lo que piensan, y salir con la suya. Más cuidado hay que tener con los que, poseyendo esas cualidades naturales, son sofistas; los que en su diálogo se valen de sofismas, o sea de razones o argumentos aparentes, con que quieren defender lo que es falso. En la Grecia antigua se llama sofista a todo el que se dedicaba a la sabiduría (Sofía); pero desde los tiempos de Sócrates, el vocablo “sofista” tuvo un significado despectivo; y con razón, pues se trataba de personas que defendían el error con malas artes, con argucias y falacias, no pocas de las cuales son sutiles, y por

lo mismo no fáciles de penetrar ni de refutar. El sofista, por lo regular, es persona que procede de mala fe. Ya Aristóteles escribió un libro “sobre los argumentos sofisticos”, en el que puso un catálogo de los sofismas o falacias que entonces eran más comunes en las discusiones y diálogos. Posteriormente se ha tenido que completar ese catálogo del Estagirita con nuevos sofismas, que han sido inventados por quienes se aprovechan de los adelantos de las ciencias humanas para combatir, con fe dudosa o mala fe, las verdades religiosas, y aun las de la sana Filosofía. En los buenos libros de Lógica suele haber un capítulo, muy oportuno y provechoso por cierto, en que se explican los sofismas usados en nuestros tiempos, y el modo de descubrirlos y rebatirlos. A dicho tratado nos remitimos.

### ¡Cuidado! con los proselitistas

4) *Cuidado con los proselitistas en ofensiva.* — Aun prescindiendo de la buena o mala fe, el hecho es que actualmente hay no pocos heterodoxos que, no contentos con vivir tranquilos en sus creencias, y practicar las prescripciones de su religión o secta, tienen un ardor proselitista, que les lleva a lanzarse a otro campo, el católico concretamente, para difundir sus opiniones falsas. Suelen hacerlo (y esto ya es indicio de no buena fe) entre gentes sencillas y de poca cultura religiosa, para hacer mejor su hecho, para ganar adeptos. Mucho podríamos decir de esto. No olvidemos las manifiestas

y frecuentes infiltraciones comunistas de nuestros días, mayormente entre universitarios; y estemos alerta ante la actividad creciente de los Organismos Protestantes, sobre todo ahora, en el momento de la anunciada Libertad Religiosa. Consta de cierto que ellos, muchos de ellos, tienen la firme decisión de realizar ahora, en España, lo que no pudieron en el siglo XVI. Véase Nof, Nov. de 1965, en el núm. 14, pg. 11, del Boletín del Centro de Información y Orientación. Es cosa grave. ¡Mucho cuidado!

### ¡Cuidado! con los incrédulos pertinaces

5) *Cuidado también con los incrédulos pertinaces.* — Los hay ahora en gran número; y no pueden dialogar con ellos sino personas muy bien formadas, y aun éstas, con gran tiento, prudencia y caridad, como lo hizo Jesús. Cuando dialogan los incrédulos pertinaces, proceden de una de estas dos maneras: unas veces lo hacen para usar de su terrible arma del ridículo, de la mofa, de la irrisión, de la sonrisa burlona; ante lo cual son muchos los que se dan por vencidos, pues pocos resisten a los respetos humanos; y otras veces lo hacen para atraer a otros al campo de su incredulidad, para ganar a los que aún creen; y de ordinario se presentan con aire cien-

tífico, y usando argumentos no fáciles de impugnar. Hace falta mucha ciencia en consorcio con una gran fe. En uno de los pasajes más serios, graves y aun terribles del Evangelio (Lc., 10, 12-16; Mt., 10, 20-24), el Divino Maestro nos aseguró que la incredulidad pertinaz es más funesta y más digna de castigo que la corrupción sensual. Lo hizo al dar su solemne y doloroso adiós a la Galilea, seis meses antes de su Pasión. Su última palabra a la región donde había pasado la mayor parte de su vida pública, y donde había derrochado los tesoros de su doctrina, de sus milagros y de su amor, que una maldición (así, a la letra) lanzada contra los incrédulos de Corozáin, Betsaida y Cafarnaún.

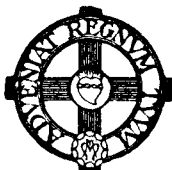
### ¡Cuidado! con el «adversario»

6) *Y, finalmente, cuidado con «el adversario».* — Con éste, más que con otros ningunos, pues más bien es él quien lo dirige todo en contra del Reino de Cristo, del Pueblo de Dios. Es Lucifer y sus satélites. Ya el primer Papa y Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, nos pone en guardia contra ellos. "Sed sobrios, vigilad! vuestro adversario, el diablo, como león rugiente, anda en torno vuestro, buscando a quién devorar; al cual resistid, firmes en la fe" (1 Petr., 5, 8, 9). Triste cosa es y muy lamentable que en nuestros tiempos se haya oscurecido tanto en muchas mentes cristianas la fe, a lo menos la fe práctica, en el mundo angélico, singularmente en la presencia de enemistad que, por misteriosa permisión divina, tiene el diablo cerca de nosotros, y en sus ma-

neras de influir funestamente en nuestra vida; pero son realidades innegables; constan de la manera más clara y frecuente en la divina revelación. Intentará el diablo impedir vuestro diálogo con nuestros hermanos desviados, si prevé que ha de ser para gloria de Dios y en bien de las almas; y estará presente a él para intervenir e influir con sus engaños e insidias en las mentes de los dialogantes; pero nuestra firmeza es una fe ilustrada, y nuestra prudencia y cuidado previsor le vencerá.

Ánimo, pues, y grande ánimo para el diálogo, pues las almas lo necesitan, y la Iglesia lo quiere; empero terminemos repitiendo una vez más: ¡cuidado!, ¡mucho cuidado!

ROBERTO CAYUELA, S. J.



## Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Diciembre

**GENERAL:**

Que los gobernantes no fomenten el espíritu de nacionalismo exagerado.

**MISIONAL:**

Por la iglesia entre los chinos que viven fuera de su patria.



# EL REJUVENECIMIENTO DOCTRINAL DE LA IGLESIA (\*)

Al plantearse el concilio Vaticano II y la Iglesia entera el problema de su "aggiornamento", puesta al día, o rejuvenecimiento, se han originado por todo el orbe católico acaloradas controversias abarcando innumerables aspectos de la cuestión. Como consecuencia se han deformado u olvidado conceptos y criterios esenciales para el creyente, se ha alterado la jerarquía de valores morales y espirituales y se ha interpretado erróneamente la actitud de desesperado acercamiento de la Iglesia a la humanidad como una aprobación tácita de los criterios mundanos en materia pastoral y doctrinal, entendiéndolo por "mundano" lo que es propio y connatural a ese "mundo" del que tan duramente nos hablan las Sagradas Escrituras.

El libro del cardenal Siri no es una opinión más, sino una autorizada enseñanza sobre el cómo y el qué hay que rejuvenecer en la Iglesia. Por eso, considerando la importancia del libro, hemos preferido entresacar de él algunos párrafos que ilustrarán al lector mejor que una simple reseña.

Hablar de un rejuvenecimiento doctrinal de la Iglesia, ¿qué significado tiene? O, mejor aún, ¿tiene algún significado?

Teniendo en cuenta la inmutabilidad de la verdad y la estabilidad dada por Cristo a su Iglesia, está muy justificada esta última pregunta.

El que tal pregunta esté justificada, revela que se trata de un tema muy delicado y vidrioso.

He aquí la respuesta que damos a la pregunta en cuestión, tan cargada de temor y de duda.

En la doctrina cierta de la Iglesia, en su constitución y en la esencia de su disciplina no hay nada que rejuvenecer o renovar. Una renovación en ellas destruiría la verdad de la fe, el valor de la Revelación Divina, la indefectibilidad e infalibilidad de la Iglesia. O se niega todo, o aquéllas son intangibles. El terreno para un posible rejuvenecimiento está fuera de lo que es inmutable.

*No se olvide y téngase por cierto que cualquier forma de relativismo lleva irremediablemente a la negación total del cristianismo.* No hay que admitir premisas, cuyas consecuencias no se pueden aceptar.

Por consiguiente, en lo que es definitivamente cierto no hay que esperar mutaciones.

El rejuvenecimiento está fuera de ahí. Veámoslo detenidamente.

(...)

## 2. El criterio teológico. (...)

Cuando la Sagrada Escritura dice algo, el mero hecho de decirlo es garantía segura de verdad.

Lo mismo ocurre cuando habla la Tradición. Sólo que en este caso ha de ser más amplia la investigación sobre sus fuentes, ya que la Tradición fluye en el tiempo a través de innumerables arroyuelos.

La Revelación atestigua con certeza la existencia de un Magisterio eclesiástico, que propone, hace deducciones, declara verdades relacionadas con el Dogma, interpreta auténticamente, si hace falta, lo mismo la Escri-

tura que la Tradición, y garantiza el valor de los "hechos Dogmáticos". Por su carácter de autenticidad, recibido de Cristo y por el carisma de su infalibilidad, el Magisterio de la Iglesia, por sí solo, constituye una "prueba teológica perfecta".

Todo lo que el Magisterio de la Iglesia garantiza, o puede garantizar en virtud de una relación necesaria, se convierte precisamente por esa garantía en elemento de prueba en el campo de la Teología.

El fundamento de todo esto es evidente: cuanto garantiza el Magisterio se apoya en él; éste se apoya en la Revelación; y ésta procede de Dios.

Para determinar el "criterio" de la Teología, hay que echar mano de la lógica de la Teología, pues también ésta tiene su lógica.

(...)

¿Qué es lo que se ha de rejuvenecer aquí?

La esencia de esta lógica de la Teología forma parte de la doctrina cierta e inmutable. No procede, pues, aquí un rejuvenecimiento. Y si en nombre de cualquier mal entendido "aggiornamento", se realizase un cambio total o sólo parcial en el tratado "De locis Theologicis", se vendrían abajo la verdad y la lógica, y también la dignidad del hombre. Pues éste ha recibido de Dios la capacidad de juzgar y de dudar y debe ejercerla en el momento oportuno; y cuando se le niegan los métodos de la lógica, no puede ostentar su dignidad de hombre.

(...)

3. Las pruebas tomadas del criterio y método teológicos.

Ya conocemos algo de este tema. Sabemos qué se requiere para que las pruebas, tomadas del criterio y del método teológicos, tenga fuerza demostrativa.

Mas antes de sacar pruebas de esas fuentes, hay que conocerlas bien en sí mismas.

Por lo que respecta a la Sagrada Escritura, se han de tener en cuenta los principios de la hermenéutica. Sería muy conveniente que todos recordaran este principio tan sencillo como evidente: la Sagrada Escritura ha sido inspirada por Dios y, por lo tanto, tiene a Dios por ver-

(\*) Extracto del capítulo V de "El rejuvenecimiento de la Iglesia". Card. José Siri. Ediciones Paulinas. Madrid, 1965.

dadero y primer Autor. Este "Autor" tiene ante sí el infinito (que nosotros no tenemos con todos nuestros estudios), tiene un horizonte divino y, por eso, el primer criterio para interpretar la Palabra escrita, ha de ser, naturalmente, divino: la Tradición divina y el Magisterio divinamente garantizado. Es mucho más importante conocer la mente de Dios que la mente del escritor sagrado, pues aunque aquélla coincide ordinariamente con ésta, el criterio más seguro es el de la Tradición y el Magisterio. En fin de cuentas Dios puede haber querido decir algo, *que el hagiógrafo ni vio ni entendió*. Es la presencia del hecho divino lo que pide un criterio divino de interpretación, al menos cuando se está en condiciones de poseerlo.

Esto supuesto, pueden adoptarse todos los medios humanos.

No creo que sea un rejuvenecimiento en la interpretación de la Sagrada Escritura subestimar los datos que suministran la Tradición y el Magisterio. Sería una temeridad harto peligrosa.

(...)

La interpretación de las obras de los Padres, de los Doctores y de los grandes Teólogos, no es, en general, tan difícil como la de los Libros Sagrados, ya porque pertenecen en su mayoría a la bibliografía del genio occidental, ya porque su autor no es Dios. Y sin embargo, en su interpretación ha de tenerse en cuenta su tono general, el pensamiento del escritor y su contexto histórico.

Aquí se abren amplios horizontes para un rejuvenecimiento de la ciencia Teológica.

He hablado de contexto histórico. Éste implica una enorme importancia: muchas veces basta él solo para dar con la interpretación exacta de un pasaje. El contexto histórico, por ejemplo, de las obras de San Agustín sobre la verdad de la gracia es toda la historia del pelagianismo y del semipelagianismo, si bien éste es posterior a la época del santo. Rejuvenecimiento será dar a los estudios históricos, tan necesarios en una Teología seria y concienzuda, la serena objetividad de que gozaron en algunas épocas. Privar a algunos pasajes de aquello que tienen, aun sin conciencia de sus mismos autores, de hegeliano o quizá peor, sería presunción. No se olvide que casi está en total decadencia la "Propedéutica Histórica", es decir, la metodología científica con la que se escribe una historia objetiva. El casi total desinterés por la Propedéutica Histórica ha traído, al menos en Italia, el bajo nivel de la historiografía actual. Si este interés se incrementara, volvería el buen sentido en un campo en el que presume demasiado a sus anchas la metodología hegeliana.

No hace falta decir que las obras, cuyo fondo es la Tradición, presentan muy diversas formas; de ahí que todas las ciencias auxiliares revistan una gran importancia, para llegar a una recta interpretación de aquéllas. Su diligente estudio en obsequio a la verdad traerá siempre un auténtico rejuvenecimiento.

(...)

5. La Teología especulativa reviste una gran importancia.

Ella es la que nos suministra ideas, criterios y soluciones ciertas y asequibles a la inteligencia humana, para interpretar el valor de las palabras usadas en la Revelación Divina, para llegar al profundo sentido de las mismas y para facilitar las deducciones, los análisis y las síntesis. Ahora bien, la marea provocada por todas las experiencias filosóficas de los cuatro últimos siglos, en mayor o menor discrepancia con la Tradición cristiana, se encrespa amenazadora precisamente contra la Teología especulativa. Los esfuerzos de algunos persiguen la demolición de toda la Teología especulativa. Diríase que la aspiración de los nuevos teólogos es ésta: devolver todo su valor a la Palabra de Dios, despojándola de todo envoltorio de la filosofía humana. En este sentido se habla mal de Santo Tomás, se condena severamente a los escolásticos (que tanto trabajaron por la sistematización teológica), se llega sin embages a admitir la pluralidad de cultura, no en el sentido de que hay diversos tipos de una misma cultura humana, sino en el sentido de que hay una filosofía natural cierta o existen distintas filosofías, aun opuestas, igualmente verdaderas. De lo cual se sigue la consecuencia lógica de que pueden haber distintas Teologías, aun opuestas, igualmente verdaderas.

(...)

Se ha hablado de una filosofía "única".

Si el significado humano de las ideas tomadas por Dios para revelarnos cualquier cosa es objetivo, y debe serlo necesariamente por ser Dios el que actúa, el pensamiento humano ha de tener en su proceso formativo y en los principios que lo rigen un fundamento único. O lo que es lo mismo: debe existir una filosofía de un valor universal o inmutable.

(...)

Mas, ¿dónde se halla esa filosofía única, de la cual se sirve la Teología? Veámoslo.

a) Dios ha hablado para todos, es decir, nos ha enseñado cuanto se halla en el pensamiento común de todos los hombres y de todos los tiempos. Advirtamos que las ideas van envueltas, con frecuencia, en hechos concretos y en el modo de juzgar y que, por lo tanto, también los pueblos primitivos pueden ser testimonio de ese "sentido común". Tampoco ellos enuncian, de un modo teórico, por ejemplo, los principios de identidad, de contradicción, de causalidad, de certeza basada en el testimonio de los sentidos..., mas en el "modo de obrar" revelan que creen en aquellos principios. Los mismos filósofos que, con afectación científica, han probado a negarlos, en su vida práctica se han conducido como si creyesen en ellos.

b) Hay más todavía: por encima de ese "sentido común" que se mantiene firme a través de todas las convulsiones contradictorias del espíritu, está la misma Palabra de Dios que ayuda a veces a hallar el significado

de algunas sublimes y misteriosas ideas, significado que nunca está en contradicción con el "sentido común".

c) Ese valor, ese significado de algunas palabras y de algunos hechos, cuyo origen divino es atestiguado por la Teología positiva, han sido aceptados en muchas ocasiones por el asentimiento de los Padres y, en otros muchos casos, por los escolásticos. Sobre ese asentimiento se han basado los teólogos durante siglos y, por consiguiente, sobre él se ha reflejado la luz del Magisterio, al menos ordinario, infalible de la Iglesia. El hecho de ese asentimiento, que equivale a una enseñanza del Magisterio, garantiza el significado objetivo y legítimo de muchas palabras: causa, espíritu, naturaleza, persona, relación... Todos los conceptos que responden a estas palabras son filosóficos, pero son revalidados también por las fuentes teológicas ciertas.

(...)

7. Antes de rejuvenecer, tratemos de eliminar los síntomas de envejecimiento posible en el campo de los estudios teológicos y que, incluso, pueden presentarse so capa de juventud.

El desprecio de la especulativa. De cuanto se ha dicho se deduce que ella es la juventud intelectual de la Teología y su capacidad de adaptarse mejor a todas las criaturas. El desprecio de la misma es vejez, además por otro motivo: proviene ese desprecio de un complejo de inferioridad ante la crítica teológica protestante y revela una infautación semiprotestante. Las imitaciones son el cosmético para disimular las arrugas de la senilidad.

(...)

La manía de adaptar incluso la Teología a la era nuclear. Es inconcebible que ciertos teólogos se queden como aturdidos y amedrentados ante los avances en el conocimiento de la materia y en el aprovechamiento de la misma. La materia nunca dejará de ser materia, siempre se quedará en el estrecho recinto de su cantidad y, por mucho que sepamos de ella, sólo afecta al espíritu en el compuesto humano, en el que alma y cuerpo forman una misma persona. Además, la materia y el mundo, marco del hecho divino de la Redención, son algo efímero y transitorio, limitado para nosotros al brevísimo y fugaz tiempo de nuestra vida terrena. El

cosmos con todas sus fuerzas y leyes, excepción hecha de la cantidad, no es intrínsecamente distinto del trozo de tierra que pisamos. Pues, aunque el cosmos, en su vida material, tuviese propiedades evolutivas reales (que hasta ahora nadie ha demostrado con argumentos verdaderamente científicos y no constituyen más que una hipótesis cómoda y fácil), no por eso dejaría de ser materia. Y no cambiaría nada del mundo del espíritu, del mundo sobrenatural y eterno y por tanto de la Sagrada Doctrina que de él trata.

Y sin embargo, hay quien ante los avances espectaculares de la materia ha experimentado tal complejo de inferioridad, que se ha sentido obligado a explicar toda la Teología con un concepto "cósmico", a dar a la "Encarnación" un significado "cósmico" y a la escatología un contenido "cósmico". Quizá no se ha dado nunca un caso de tanto miedo. Y los complejos y el temor no son síntomas de juventud, sino una decadencia de la vitalidad y de las energías.

(...)

9. Hemos explicado ya el concepto de rejuvenecimiento de la Iglesia en el terreno doctrinal.

Ya ha habido también personas autorizadísimas que han hablado del precioso y exacto rejuvenecimiento de la Iglesia.

Y de la lectura de las páginas precedentes se deduce que hay muchos que hablan de rejuvenecimiento de la Iglesia, pero de un modo que implica peligros de desviación. Hay motivos para temer que, so pretexto de rejuvenecimiento, se deslicen doctrinas disolventes o, al menos, equívocas.

Ahora, pues, unas preguntas: ¿Se ha de exigir el rejuvenecimiento a la Iglesia, o a los hombres?

¿No es acaso cierto que la obligación de rejuvenecimiento pesa sobre los hombres y, sólo indirectamente, sobre la Iglesia?

¿Es que no puede ocurrir que algunos arrojen la carga sobre la Iglesia, por no querer pechar con ella?

¿Qué diríamos, por ejemplo, de una sociedad que quisiera poner al día sus leyes constitucionales?

¿Su rejuvenecimiento no sería un paliativo para su humillante senilidad?



# ISRAEL NUEVO ESTADO: SU TREMENDO PROBLEMA INTERNO RELIGIOSO

XX

## El judaísmo, hoy

Llegados, por fin, a la cúspide de nuestra labor, en esta larga veintena de artículos, vamos a coronar la misma estudiando el grande problema religioso que, más que nunca —precisamente ahora que ha alcanzado una realidad y una madurez política— se aboca sobre el pueblo judío. Y que constituye quizá el más grande de los problemas, de las paradojas que hayan existido jamás en el seno de todo un pueblo tan vivo, tan esencialmente llamado a los más altos destinos como es Israel.

Ante todo, es preciso distinguir entre Sionismo y Judaísmo. Al Sionismo, que es un movimiento, hasta cierto punto hoy triunfante —pues ha realizado el “milagro” de reagrupar un pueblo perseguido, disperso y casi ya confuso, después de dos milenios, fenómeno también único en la Historia—, y decimos sólo “hasta cierto punto”, puesto que, como acabamos de ver en el artículo anterior, al Sionismo le falta, aun, como un símbolo, el conquistar Sión (la antigua ciudadela, templo de Abraham, de David y de la plenitud del Mesías, aun cuando oculto). Mas el Sionismo, ha coronado triunfalmente una primera etapa. Y si bien más confuso en sus ideales —como vamos a ver— que nunca sabe, hasta un cierto punto a dónde va y lo qué quiere. Es esta etapa (bien que hemos de ver que, dentro de los destinos de Israel y caminos de la Providencia es, no sólo insuficiente, sino incluso absurda) la de resurrección de un pueblo bajo un solo signo y un solo ideal de unión: el del retorno a la vieja Patria. Mas no el retorno a su Dios, que es harto más, y más sólido y más definitivo que la Patria, que, sin Aquél, no es nada.

Judaísmo, por el contrario, es lo que podemos llamar Religión. O síntesis — que en Israel, pueblo predestinado, una cosa y otra han de ir fuertemente ligadas — de pueblo y de su Fe. Mas, ¿qué es hoy el Judaísmo?

El Judaísmo, creado como fue por el providente Dios para prefigurar primero, y dar luego una Patria a su Hijo encarnado, y servir de Cuna y aristocracia a la futura Iglesia Universal, ya fue, siempre, una Religión —la única verdadera en la Antigüedad— necesariamente interina, por preparatoria. En ella, por ejemplo, el sacerdocio, no llegó nunca a la plenitud ni al concepto que ha alcanzado en el Cristianismo, y ello no era sino natural, dada la misma esencia de la propia venerable y

altísima Religión mosaica, venerable y altísima, pero siempre, repitámoslo una vez más, no otra cosa sino preparatoria para la Plenitud que Dios preparaba, al mandad a su Hijo, *Sacerdos in æternum per antonomasia*.

Al quedar el Judaísmo en el absurdo estado de Religión frustrada, por no haber reconocido la realidad del Mesías, es natural haya caído en el abismo de sus mayores apradojas y contradicciones. No es Religión ni verdadera ni falsa, aun cuando sus principios sean augustos y tan verdaderos que siguen siéndolo para nuestra verdadera Religión. No es Religión ni sobrenatural ni natural. En fin: es, y no es, incluso, Religión. Y en ella hay, y no hay, Fe.

Por tanto, dividida en sectas y desorientada, se nos ofrece hoy, dentro de la mayoría práctica del pueblo judío, como una especie de panteísmo nacionalista, donde el mesianismo se ha polarizado en la propia conciencia que tiene de sus destinos —atn desorientados, pero que conserva como un ciego instinto— el viejo Pueblo elegido. Religión sin templos, sin sacerdotes, con cultos y sin cultos, con autoridades y rabís, y sin ninguna autoridad central, ni guía seguro.

Por ello, para los judíos en su mayoría, agrúpanse en la denominación que se quiera, el Judaísmo ha venido a ser, no ya una Religión —y en esto como activa, ha ha quedado abajo, incluso, del Mahometismo, lo que ya es el colmo— sino uno como humanismo, una ética activa y no especulativa.

Reposa, a su manera, en la unidad del hombre, pero a menudo ya olvida al Dios personal para ver en Él mejor el símbolo propio o el de la humanidad progresiva. No pocas escuelas judías predicán hoy ser más importante aquella ética activa y diaria que la búsqueda de los destinos sobrenaturales y las postrimerías del hombre. Disminuye, en el judaísmo, el contraste entre lo sagrado y lo profano, lo eterno y lo temporal. Tienen a gala muchos rabís proclamar que es mejor practicar la Ley que meditarla, y que su Religión es menos, como tal, que como un código de vida. El rabino no tiene, en absoluto, la significación que nosotros damos al sacerdote. Pretenden seguir a los Jueces y a Moisés, viendo en la autoridad menos al doctor que al jefe secular. Rechaza su propia teología, empeñado en representan a la vez un pueblo, un humanismo y una religión. Así toma

forma nacional (el Sionismo), o a una forma religiosa vaga y humanista, más bien celosa de reivindicar los valores morales que la Humanidad debe al pueblo judío, que se empeña en no ser ni pueblo ni Estado teocrático.

### El Antiguo Testamento

Aun cuando sometido a graves disputas, en general, el pueblo judío admite la Biblia como compuesta de 24 libros divididos en tres grupos: a) El Pentateuco (llamado la Ley: Thora). b) Los libros de los Profetas (entre ellos los de los 3 grandes y 12 pequeños). c) Los Hagiógrafos: Salmos de David, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Lamentaciones de Jeremías, Job, Ruth, Esther, Nehemías y Esdras y Crónicas I y II cuyo último libro es el de Daniel. Mas luego, como hemos ya estudiado en nuestros primeros artículos, separados en absoluto de la Iglesia, los doctores del Judaísmo han derivado hacia el Talmud y la Cábala, que vamos ahora, de nuevo, a resumir, tal como los concibe lo que podríamos llamar la "ortodoxia" judaica actual.

### El Talmud

Resumiendo, diremos que el Talmud (que significa, como ya vimos, "enseñanza") pretende ser una vasta síntesis exegética del Antiguo Testamento, cuyo original fue, a la vez, hebreo y arameo (el arameo siempre fue lengua de tipo internacional, puente entre el hebreo y el mundo árabe). Tal ciencia escrutando la Ley se denomina "Midrasche". Existen dos clases de la misma: la Midrasche Haggada (interpretación profunda) y Midrasche Halacha (regla jurídico-práctica). Precisamente fue en Galilea, en Tiberíades, en los períodos del Patriarcado y del Exilarcado, que se redacta con perfección gramatical la Midrasche, denominada, desde entonces, "Masora". El Talmud engloba la Mischna (Ley Oral) redactado hacia el año 200 por el Patriarca Rabí Judá "el santo". Y la Guémara (continuación de la anterior), como comentarios, repetidos a través de los siglos, siendo el más notable el del Rabino Simón Isaac de Troyes (siglo XI). Existen dos Talmud: el de Jerusalén, compilado definitivamente en el siglo IV de nuestra era, y el de Babilonia, muy superior en riqueza, producido en el Exilarcado (ver nuestros primeros artículos) hacia el año 500 también en nuestra Era. Como hemos indicado, el Talmud es una síntesis, desde luego colosal, de todo el saber de su época, no disponiendo de tiempo ni de espacio aquí para volver a tratar este punto que ya estudiamos al comienzo de nuestra labor.

### La Cábala

Pero con mayor interés volvemos ahora a tratar este tema, desde luego poco profundizado por nosotros, y

el más interesante, puesto que es la expresión más típica del Judaísmo netamente opuesto al Cristianismo, y, de él, han nacido todas las sectas, confabulaciones, herejías y conspiraciones contra la Iglesia, el pensamiento cristiano y la civilización occidental que durante siglos se ha venido polarizando en cuanto llevaba el nombre de judeo-mesonería.

Como tal, significa, en hebreo, "tradición recibida". La consideran como paralela a la interpretación de la Ley. Su interpretación "ehrmética", principalmente en cuanto se refiere a los primeros capítulos del Génesis, a la visión de Ezequiel y al Cantar de los Cantares, se basa en aventuradas doctrinas místicas y secretas. Parece tentar partir del infinito. Sin duda se le observan viejos resabios maníqueos, debidos a las comunidades orientales (Mesopotamia y Persia) hebraicas. De allí descendiendo a lo finito, intentado conciliar, también quizá panteísticamente, cielo y tierra. No tenemos bastante preparación para profundizar sus aspectos que podríamos llamar "diabólicos", típicos de la mentalidad judeomasónica de la época moderna, con su dedicación al "Gran Arquitecto del Universo", etc. Postula que el Supremo arquitecto ha querido sumergirse en la nada, o sea del infinito al cero, para producir al hombre. Ha creado el mundo de la emanación formado de 10 esferas. De tal mundo han salido los universos de la Creación, Formación y Acción. A las diez esferas corresponden otras diez inferiores espirituales y otras tantas de materia. En e l alma humana se funden todos los mundos, y, por la santidad y la oración, puede remonar los acontecimientos y subir hasta la divina potencia. Todo esto pretende hallarlo en el Antiguo Testamento, pero a condición de descifrarlo, no sólo en las palabras, sino a base del alfabeto hebreo en donde, cada letra, es, a la vez, cifra mágica. De aquí la fama popular y la denominación de "signos cabalísticos" que se le conceden. De todo este complejo ha nacido toda una literatura, de la que recordaremos el ya citado "Libro del Esplendor" o Zohar y el Séfer Yetzira o libro de la Creación. El primero seentronizó, rivalizando con el Talmud, en los siglos XVI y XVII. Fue escrito, como ya hemos dicho, en caldeo por el Rabino Simeón Ben Yochai y su hijo Eleázar, nada menos que en el siglo II de nuestra Era, durante la dominación romana, habiendo luego tardado doce siglos en darse a conocer por haberse quedado el original oculto (?), pretendiéndose autor del hallazgo el cabalista español Mosisés de León, en el siglo XIII.

Sea como sea, la Cábala tuvo una influencia extraordinaria, por lo menos en los siglos en que el judío, típicamente, actuaba en la oscuridad como básico conspirador contra todas las Instituciones existentes. Como contradicción y paradoja — una más — en este pasmoso pueblo de Israel, se da el caso de que, según ya hemos descrito, especialmente en el pasado Capítulo o Artículo XVIII, la Cábala "floreció" y se desarrolló en la, de otra parte, deliciosa villa de Safed, en el Norte de Nazaret y del mar de Tiberíades, localidad que hemos señalado como el "Olot" judío, reducto de arte, paraíso

de pintores, y jardín de ubérrimos frutales. Tal como ya describimos al hablar del "hecho diferencial" de Galilea, en Safed se conservan — y se veneran por sus seguidores — en su dédalo, pintorescas antiguas callejas, multitud de pequeñas sinagogas cabalistas. Datan del siglo XVI; de arquitectura sobria, sus bóvedas, arcos y cúpulas son muy sencillas. En el interior se conservan los rollos de la Ley bajo telones brillantes; tablas y cuadros con signos misteriosos y cabalísticos, pinturas murales frescas aún, símbolos de tribus, de frutos, de dones de la tierra. Bibliotecas con obras místicas. Unos canapés invitan a la meditación.

En el viejo cementerio de Safed reposan los grandes "cabalistas" que dan nombre a todas y cada una de las que el curioso visitante ha contemplado. José Caro, el mayor de todos. Moisés Cordovero. Isaac Louria, del siglo XVI cuyo nombre posee el anagrama de "el león". Moisés de Trani. Moisés Alchekh. Ben Yaïr. Salomón Alkabetz. Isaac Aboad, del que se conservan copias del Antiguo Testamento calografiados por él en España antes de la expulsión. José Ha Bansi. Y Rabí Mendel de Vitebsk, de origen, por tanto oriental (no propiamente askenazim ni sepharadi), en cuya sinagoguilla resuenan aún cantos y danzas místicas los sábados, acudiendo aún judíos de Polonia luciendo los trajes y bonetos que llevaban en su país.

### El Hassidismo

Elemento vivo en la actualidad, aun dentro del judaísmo, es este movimiento que tiene aun gran expresión en Jerusalén, y cuyo nombre significa "piadoso". Está bajo la influencia de la Cábala. Nació en 1740 en Polonia, inspiró una gran literatura en idioma Yiddisch (judío-alemán), y se proclama actualmente democrático, naturalista y abierto a muchas tendencias. En Jerusalén, como decimos, ocupan los "hassidim" todo un cuartel central de callejuelas, que proclaman sostener un nivel de alta espiritualidad. Sus habitaciones son macizas, apretadas, y dispuestas con patios interiores como protegiendo una vida mística. Abundaban las casas de estudios, escuelas, seminarios talmúdicos, etc. Tal barrio se allma "Méa Schéarim" (cien puertas), abundando aún los artesanos. Muchos ostentan vestimentas o distintivos típicos y representativos de sus tendencias espirituales. Viene a ser, en cierto modo, una viviente reconstrucción de los viejos Ghettos, en su afán de ais-

larse, aún y dentro de la actual capital de Israel. En el centro, un gran edificio alberga "los místicos de Israel" (Yeshiva Hassidim) y desde su cúspide se denomina muy bien la vieja Sión, al otro lado del muro fronterizo. Los fieles suben a estas azoteas para gozar su vista. Enfrente queda la gran sinagoga, que ya citamos en el artículo o capítulo XIX.

### Sectas y cismas del Judaísmo

Para ser completos deberíamos extendernos en este abundante aspecto. Pero no nos queda espacio. Los más importantes son:

Los SAMARITANOS. El viejo cisma aún perdura, y este terco ramal de Efraïm, muy arabizado, formando el corazón de la gran cantidad de tierra palestina que no ha sido concedida a Israel para darla a Jordania, aún podría, como antaño, subir al monte Guérizim, cerca de Naplusia, en eterna protesta contra el legítimo Templo de Jerusalén. Siguen considerándose como los verdaderos herederos de la Ley, admitiendo sólo el Pentateuco y el libro de Josué. Observan el sábado, y su ritual. Su lengua es un dialecto del arameo. Por Pascua suben al citado monte, aún ahora, y allí establecen sus tiendas, bajo la autorización del gobierno jordano.

Los CANANEOS son una reminiscencia de la viejísima población palestina, antes incluso de la llegada de Abraham. Aún publican una pequeña revista portavoz, la "Alef". Una verdadera curiosidad, pues tienen una cierta categoría intelectual y poética.

Los KARAITAS vienen a ser una secta puritana dentro del judaísmo tradicional, admitiendo sólo la Ley, y no el Talmud. Fueron fundados en Bagdad en el siglo VIII de nuestra Era y se extendieron, sobre todo, en Rusia, donde gozaron de la protección de Catalina II. Aún residen muchos allí, y otros en Egipto e Irak. Muchos de ellos son agricultores. No reconocen la autoridad rabínica.

He aquí, resumido en grandes rasgos, el Judaísmo de hoy.

En nuestro próximo y último artículo, resumen y coronación de todos, probaremos de ver, y de sentir, la tremenda contradicción y paradoja que hoy engloba, y la latente, y al mismo tiempo, grandiosa y trascendental, por el momento insoluble, TRAGEDIA sin igual que incuba.

LUIS CREUS VIDAL



## CUESTIONES DE LA GUERRA, DE LA PAZ Y DE LA REVOLUCION

*En un discurso pronunciado por Suslov el 14 de octubre de 1964 en el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética da las directrices de la política soviética, y de todo el comunismo, sobre la coexistencia pacífica. Mediante la extracción de unos párrafos vamos a exponer las líneas generales de esta política, que luego se podrá comparar con los hechos realizados por la Unión Soviética, expuestos en una Carta del Comité Central del Partido comunista a los "partidos hermanos" en febrero de 1966.*

"Un análisis total de la proporción de fuerzas en la arena internacional demuestra a los partidos comunistas y de trabajadores, la conclusión insospechada de impedir una guerra mundial incluso antes de alcanzar la victoria del socialismo en todo el mundo y acentuar de nuevo que el principio de Lenin de la coexistencia pacífica de los Estados con diferentes órdenes sociales es una inquebrantable base de la política exterior de los países socialistas.

"Estas tesis fueron sentadas en la Declaración y en la Explicación en los Consejos de Moscú de 1957 y 1960. Los descubrimientos de los últimos años no sólo no han desvirtuado la importancia vital de la política de coexistencia pacífica, sino al contrario, que la han consolidado totalmente."

(...)

"Según el esquema de los teóricos chinos se deduce que aquellos que luchan por la paz y para evitar la guerra mundial están contra la revolución y contra la lucha revolucionaria.

"No se requiere ninguna forma-

ción marxista especial, para entender que la dirección del P. C. chino, que reclama el papel de gran maestro de la dialéctica, en realidad han matado el "espíritu viviente" del marxismo, como decía Lenin. Los partidos comunistas, que mantienen en alto la bandera de la lucha por la paz, desarrollan, con energía creciente la lucha de clases del proletariado y el movimiento de liberación nacional contra el imperialismo.

"Mientras los directores del P. C. chino se enfrentan a la coexistencia pacífica de Lenin y le oponen a éste el camino del avance de la revolución con ayuda de la guerra, se han afirmado en la opinión de que la guerra es un medio aceptable y en el fondo el único para la solución de las contradicciones entre el capitalismo y el socialismo."

(...)

"La alianza de las fuerzas de la gente de paz está, como se dice en los documentos de los partidos comunistas, en este momento, en superar la fuerza del imperialismo e impedirle desencadenar una guerra

mundial... No se trata sobre si los imperialistas se han vuelto amantes de la paz o tratables, sino sobre que ellos no podrán soportar la creciente fortaleza del socialismo."

(...)

"Los imperialistas saben, que la Unión Soviética y los países socialistas disponen de armas temibles y está en situación de aniquilar a cualquier agresor. Los imperialistas no pueden soportar la fortaleza del movimiento de trabajadores y del movimiento democrático en los países capitalistas, así como tampoco la lucha de liberación nacional de los pueblos. Nuestros enemigos de clase verán la verdad cada vez más claramente, cuando las locuras imperialistas rompan el valladar de una guerra, el capitalismo sucumbirá y será enterrado."

(...)

"Es absurdo contraponer la lucha por la paz y la lucha por la coexistencia pacífica de Estados con diferente orden social, con la lucha de clases de los obreros de los países capitalistas y con la lucha de liberación nacional de los pueblos.

Para los marxistas-leninistas no existe ni puede presentarse el dilema: lucha por la paz o lucha revolucionaria. Tanto una como otra dependen entre sí y están orientadas como último fin, contra los imperialistas. La lucha por la paz es una de las más importantes formas de la lucha de los pueblos contra el imperialismo, contra las nuevas guerras preparadas por él, contra las naciones agresivas de los imperialistas en los países coloniales, contra las bases militares de los imperialistas en el territorio de todos los países, contra la fiebre de armamentos, etc... nosotros sabemos que la paz es una fiel aliada del socialismo."

(...)

"La revolución es cosa de la masa del pueblo, que es dirigida por el proletariado y por la vanguardia revolucionaria. Ello no quiere decir de ninguna manera que los marxistas-leninistas deban esperar pasivamente hasta que se presente

la ocasión propicia. Los descubrimientos del P.C. de la URSS muestran que basta un relativamente pequeño partido establecido, aunque sea débil, que apoye al proletariado y a la parte avanzada de los campesinos, y se ponga a la cabeza y guíe al pueblo. Lenin, según sabemos, acentuaba que era necesario que se formase en el país una situación revolucionaria, es decir, que la clase superior no pueda gobernar y la inferior no pueda vivir de la forma antigua. Los partidos hermanos evalúan la actual situación real y dejan la posibilidad de paso del capitalismo al socialismo tanto al medio pacífico como al no pacífico... En cada país se determinará la posibilidad real de traspaso pacífico o no pacífico según las condiciones históricas concretas."

#### *Carta de febrero de 1966*

"Después del pleno de octubre de 1964 el Comité Central del P. C. ruso hizo todo lo posible para llegar a un entendimiento con el P. C. chino para organizar una acción conjunta para la lucha contra el enemigo común imperialista a pesar de la divergencia ideológica."

"... Todos los países socialistas han de apoyar a la República Dem. de Viet-nam contra la agresión de USA. Es un deber de todos los países, luchar contra el imperialismo."

"... La URSS da a la Rep. de Viet-nam gran cantidad de armas, instalación de cohetes, artillería pesada, aviones, tanques, artillería de costa, barcos de guerra, etc. Sólo en 1965 el valor de las armas y otros materiales bélicos cedidos fue de 500 millones de rublos. ... La Rep. Dem. de Viet-nam tiene apoyo también para la instrucción de aviadores, personal especializado en cohetes, conductores de tanques, artilleros, etc. ... También da ayuda al Viet-cong."

"... Nuestra ayuda militar se entrega en tan gran escala, que el gobierno vietnamita la estima indispensable. ... El presidente de la Rep. Dem. de Viet-nam, Pham-Van-Dong declaró: «La URSS nos da la mejor técnica. ... Necesitamos su ayuda mucho y estamos muy contentos con ellos, esto lo dicen todos. Nosotros ganaremos a los americanos con armas soviéticas»."

"... El gobierno chino no permitía que los aviones de transporte soviéticos con armas para el Viet-nam sobrevolaran el territorio chino. Después de presentar las protestas, los inspectores chinos alegaron que no tenían los papeles en regla y que no sabían si el Viet-nam necesitaba este material."

"China pretende que la cuestión del Viet-nam sea un conflicto URSS-USA y así se pueda mirar

él la lucha desde la cumbre. Esta es la política del P. C. chino."

Respecto de los países del tercer mundo dice la carta:

"... El P. C. de la Unión Soviética cumple con su deber con los pueblos del mundo que luchan por su liberación."

"Con ayuda de armas soviéticas luchan los pueblos de Indonesia, Argelia, el Yemen y todos los países coloniales. La URSS da apoyo de armas a los patriotas del Congo, Angola, Mozambique, Guinea portuguesa. Apoyaba también a los patriotas de Santo Domingo cuando se levantaron contra la intervención americana."

\* \* \*

*En el Congreso del P.C. búlgaro celebrado a mediados del pasado mes de noviembre el Jefe del Partido comunista soviético Leónidas Breznev, ha declarado que "nos sentimos dolorosamente afectados por la negativa de los dirigentes chinos a unirse con los demás países comunistas para proporcionar ayuda a Viet-nam... no es posible dejar de señalar el papel que la jefatura del Partido comunista chino debiera tener en esta gran causa (Viet-nam) que toca al corazón de todos los comunistas."*

M. P.

Suscripción ordinaria . . . 300 Ptas. año  
 » de amistad de 300 a 1000 Ptas.  
 » de protección a partir de 1000 »  
 Número suelto . . . . . 25 »

# CRISTIANDAD

REDACCION: Lauria, 15, 3.º - Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.

Director: FERNANDO SERRANO MISAS